CREPUSCULO ESPIRITUAL

Rev. José Manuel de León

María Rosa Frías

CREPUSCULO ESPIRITUAL

Epistolario íntimo del ex-sacerdote católico Rev. José Manuel de León a sus familiares en España.

Cruzada de Literatura Cristiana
Colonia 1106
MONTEVIDEO
(Uruguay)

INDICE

PROLOGO 5

INTRODUCCION 7

CAP. I. — ALBORADA 12

» II. — LA BUSQUEDA 14

» III. — RESPLANDOR 22

» IV. — NUBARRONES 26

» V. — PRUEBA 31

» VI. — TEMPESTAD 41

» VII. — DECISION 52

» VIII. — ULTIMAS DUDAS 55

» IX. — ROMPIMIENTO 61

» X. — TESTIMONIO 66

» XI. — ASOMBRO 70

» XII. — ILUMINANDO A OTROS 76

» XIII. — VICTORIA 82

EPILOGO 89

PROLOGO

"Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos: y que alcanza hasta partir el alma y aun el espíritu, y las coyunturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón". Así dice la Biblia y así ha sido la experiencia en la vida de personas sin número por los siglos. Ahora la historia se repite en nuestra República del Uruguay.

Este libro es una historia de tal experiencia en la vida del ex-sacerdote, Rdo. José Manuel de León. Sin duda ninguna él ha experimentado profundamente que la Santa Biblia es más penetrante que toda espada de dos filos. Para él esto ha sido una experiencia que alcanzó hasta partir el alma y aun el espíritu, pero obedeció la Palabra de Dios, y triunfó sobre todas sus dudas y luchas espirituales. Ganó la victoria cuando puso su fe en Cristo como su único y suficiente Salvador.

No ha sido fácil hacer este gran paso de dejar el sacerdocio para el Rdo. de León. Sin embargo, la explicación de su decisión es lógica y comprensiva. Estudiando las verdades de la Sagrada Escritura, él tuvo que ser fiel a Dios y no a un sistema humano. Fue persuadido por el mismo Espíritu de Dios; y la fuerza de la Verdad que encontró en su estudio de la Biblia no le dejó otra posibilidad que la de dar

tal paso. Para él, era bien claro que no hay base en la Biblia para las dogmas de la Iglesia Católica Romana.

Para el fiel católico es casi imposible un estudio amplio de la Fe Cristiana, como la encontramos en la Palabra de Dios, porque el temor de caer en pecado le impide realizar ninguna investigación en asuntos de Fe; pero gracias a Dios, parece que el ambiente de nuestra patria, con su completa libertad de pensamiento, influyó sobre el Sr. De León, y decidió estudiar la Biblia y ser fiel a la luz del Evangelio que resplandeció en su corazón.

Lo cierto es que no hay gozo ni paz en el alma hasta que una persona ha recibido a Cristo como su Redentor. Nosotros, que hemos visto al hermano De León después de su conversión, podemos decir que este gozo y paz ha inundado su corazón. Ahora su mayor deseo es que todo el mundo participe en su experiencia de una vida nueva en Cristo Jesús. ¡Que así sea para todos los que lean este libro!

JACK H. ROEDA

MONTEVIDEO, URUGUAY
3 DE NOVIEMBRE DE 1959

INTRODUCCION

No soy escritora y nunca pensé en escribir un libro. Sin embargo, me encuentro ante el dilema de tener que escribirlo. ¿Por qué?

Ha ocurrido algo tan grande en la vida de un familiar (a quien desde su más tierna infancia he considerado y tratado como un hijo), y por su conducto, en mi propia vida, que callar no puedo ante el deseo de que otras almas reciban la misma luz espiritual que nosotros hemos recibido. Por esto, ruego al Señor que ilumine mi inteligencia y guíe mi pluma en la difícil tarea de dar a conocer a mis lectores algo tan grande y sublime como es para un alma que se encuentra en la duda y el temor llegar al convencimiento de la verdad que es en Cristo Jesús.

Lo ocurrido en la vida de mi sobrino el Rev. José Manuel de León, ex-sacerdote escolapio, es algo tan extraordinario e inesperado, que no podía dejar de influir en mi propia vida religiosa. Sin embargo, es algo que ,por inexplicable que sea, yo misma había deseado, sin conocerlo, ya que la fe católica en que fui educada jamás me satisfizo por entero.

Ingresé como interna en el Colegio de Madres Escolapias de Carabanchel Alto, antes de cumplir

la edad de ocho años y salí del mismo a los diecisiete, ya casi convertida en mujer.

A pesar de la formación religiosa que recibí, y en medio de ella, mi inteligencia protestaba y no se avenía a aceptar ciertos dogmas de la Iglesia Católica con la buena fe con que las madres se empeñaban que lo hiciese. Interrogando a ellas y a distinguidos sacerdotes, mis grandes dudas nunca fueron disipadas con explicaciones claras y lógicas.

Algunas de las interpretaciones y afirmaciones más ponderadas en la religión católica, me parecían exageradas o irrazonables. Por ejemplo: Es costumbre en España predicar en los Viernes Santos el sermón llamado de las Siete Palabras. Yo lo escuchaba todos los años con gran atención y observaba que, a pesar de que las consideraciones variaban de año en año con respecto a las demás palabras del Señor, había un empeño especial en presentar, cada año, en la tercera palabra, una interpretación que a mí me parecía exagerada. Era el pretender que cuando Jesús dice a su madre: «Mujer he ahí tu hijo», y al apóstol San Juan: «He ahí tu madre», lo dijo de la Humanidad y a la Humanidad entera. Ningún protestante había venido a decirme que no es así; pero mi tierna y lógica mente me decía: Pero si Jesús no dijo: He aquí vuestra *madre. ¿Será verdad que lo quería decir?*

Yo deseaba, con todo, tener religión, pues comprendía que una criatura humana, sujeta al misterio de la muerte, debe creer en Dios y tener esperanza del más allá; pero una esperanza verdadera y carente de temores. Por esto me había atrevido

a declarar algunas veces a una de las monjas con la que tenía mayor confianza: «No puedo, madre, quitar de mi mente muchas dudas sobre los dogmas de la Iglesia. ¿Es que será la nuestra la verdadera religión?».

Me atraía sobre manera la idea de visitar la India y conocer el budismo. Pensaba en mi infantil candidez si, al orar en la cima de las más altas montañas del mundo, el alma no se sentiría más cerca de Dios. Si no podría conocer mejor al Creador, y al conocerlo, amarlo. Sobre todo, amarlo mucho. Yo decía: Señor, haz que te ame mucho a ti, y si después no hay salvación para mí, por mis ideas erróneas, por no haber podido creer las enseñanzas de tu Iglesia, dame todavía más amor, para que no deje de amarte aun en la condenación, y que el recuerdo de haberte amado y servido en la vida sea mi consuelo cuando no te tenga.

Así se debatía mi alma entre la duda y el temor.

Al salir del internado, continué figurando como buena católica entre la distinguida sociedad que me rodeaba. Pero mi candidez había sido herida de tal modo en el confesionario, que me era imposible frecuentarlo como se me había enseñado, aunque lo hice unas pocas veces. En algunas ocasiones encomendaba mi alma al Señor al estilo evangélico, sin saber nada del protestantismo.

De verdad que la idea de profesar la religión protestante era lo más lejano en mi mente; probablemente, por lo mucho y malo que había oído de Lutero y sus secuaces durante mi formación religiosa. Pero la providencia del Señor velaba sobre mí y El permitió que entrase en relación con

cierta persona cristiana evangélica que me invitó a asistir a los cultos en Barcelona. Intrigada por la novedad, pero llena de temor, me apresuré a consultar con mi sobrino, el Rev. Padre José Manuel de León, en una carta que le escribí en el mes de Septiembre del año 1955. He aquí su respuesta.

14 de Octubre de 1955

«...No es pecado mortal visitar por curiosidad una capilla evangélica, pero está muy recomendado no hacerlo. Sería, sí, pecado mortal, tomar parte en sus oficios, que son lo más insulso que puedes figurarte. Entregan a cada uno una Biblia y cada cual la interpreta a su gusto y manera, coincidiendo raramente varios en su interpretación. Tal es el fundamento de los «impostores».

Déjate de aventuras protestantes y reza el Rosario todos los días. Durante este mes con mayor razón, a causa de esta tentación que has tenido. Frecuenta la Santa Misa, que es el mayor de los sacrificios que podemos ofrecer a Dios por nosotros y por nuestros difuntos.

No traspases los límites de la confianza para no caer en la presunción, que es el exceso de fe...»

Pasados dos años largos, el Señor volvió a ponerme en contacto con los cristianos evangélicos y me sentí profundamente inclinada a creer que tales personas eran verdaderos cristianos. Durante una entrevista tenida con el Rev. Padre José Manuel de León le hablé de ello, indicándole que me temía que nosotros éramos los equivocados, a lo que me contestó: «Antes que protestante, me ha-

ría budista; protestante es lo último. ¿No comprendes que carece de sentido cuanto hacen y dicen esta gente?». Callé. Hablamos de otras cosas y no se mencionó más el asunto en mis conversaciones con mi sobrino.

Este tuvo que ausentarse de España, llevado por su ministerio eclesiástico. Estaba ansioso de ganar almas para la Iglesia en el Nuevo Mundo, donde se decía que había una grande necesidad de sacerdotes católicos. Nuestra correspondencia era frecuente, aunque no tanto como en estos últimos tiempos de su crisis espiritual. El me contaba, con la confianza de un hijo a su madre, sus trabajos en el ministerio sacerdotal, y los más triviales incidentes de su vida. Era su mayor desahogo escribir a la familia desde las lejanas tierras de América. Pero jamás hizo mención de nuestra conversación sobre el protestantismo. Parece, empero que no la había olvidado, y que él mismo se hallaba lleno de inquietudes acerca de la verdad de algunos dogmas de la Iglesia Católica. Por mi parte le mandé la Biblia de Valera, y él me contestó que deseaba leer la Biblia, pero no la protestante, sino que le enviara una Biblia católica. Así lo hice. Sin embargo, mientras esperaba la llegada de la Biblia de Nácar Colunga, que se hallaba en camino, abrió por curiosidad la de Valera y empezó a leerla, interesándole de tal modo que siguió su lectura de un modo constante, olvidando que era una Biblia «protestante».

En estas circunstancias, me dejó pasmada enviándome la siguiente carta.

CAPÍTULO I

ALBORADA

Rocha (Montevideo), 10 de Octubre de 1958

«...Tengo alguna novedad que contarte y es la siguiente: Ayer por la mañana, a las 10'30, se me presentaron dos señoras con el propósito de hablar conmigo. Venían desde Buenos Aires, pues habían oído hablar de que en Rocha había un sacerdote muy comprensivo y de gran amplitud de miras. Resulta que eran evangelistas. Venían en plan de misión, tratando de hablar con los sacerdotes católicos. Es una nueva manera de conquistar a la gente, ya que es lógico que si consiguen un sacerdote puedes comprender lo que esto supondrá de arrastres para los demás fieles. No creas que me asusté, nada de eso, antes creí que era mi deber procurar convencerlas y ganarlas para la Iglesia, si era posible.

Estuvimos hablando durante una hora por la mañana, y como yo tenía que hacer, les dije que volvieran por la tarde. Vinieron a las siete puntuales y se fueron a las nueve de la noche. Expusieron sus doctrinas, su manera de obrar y de proceder, la cual es en esencia la mismita doctrina que la Iglesia propone; no son protestantes que ven-

gan de Lutero ni mucho menos, sino de un movimiento espiritual más reciente, basado en el Evangelio.

Hablamos mucho. Yo vi que eran dos almas buenísimas, con un gran dominio de la Sagrada Escritura, más que yo, lo reconozco, ya que yo les citaba los textos que sé de memoria; pero no soy capaz de decir exactamente a qué parte de la Biblia pertenecen; en cambio, ellas los citaban igualito que yo, pero en seguida hacían la referencia al capítulo o versículo. Ahora bien, en conocimientos filosóficos y científicos estaban a cero, como las gentes sencillas, ya que en algunas cosas que afirmaban llevadas de su buena fe, desbarraron. En resumen, yo les dije que no tenía ningún prejuicio en contra de su secta ni de nadie; que me gustaría tener algún contacto y recibir alguna propaganda. Quedaron que me mandarían la dirección de D. Luis Padrosa, el sacerdote de quien tú me dijiste en aquella conversación que tuvimos cierta vez, que había dejado la Iglesia Católica.

Por la noche estuve hablando con el pastor, un joven norteamericano que lleva aquí un año; muy agradable, sencillo, pero me dio la sensación de no ser muy inteligente.»

CAPÍTULO II

LA BUSQUEDA

Después de la visita de las señoritas de Buenos Aires, aumentaron sus dudas, que habían empezado después que empezó a leer la Biblia.

Pensando que quizá aquellas señoras desconocidas no le enviarían la dirección de D. Luis Padrosa, y llevado por su carácter impulsivo, me escribió pidiendo que yo la investigara en Barcelona, lo que hice por medio de la persona que primero me había invitado a los cultos protestantes.

De la lucha espiritual que empezó a sostener da idea la carta que escribió al Sr. Padrosa, de la cual me mandó copia.

Rocha, 25 de Octubre de 1958

Sr. D. Luis Padrosa.

Buenos Aires.

Muy querido hermano en Cristo: Hace tiempo que he oído hablar de Vd., precisamente en Barcelona, donde llegué poco tiempo después de haber salido Vd. de allí. He leído su libro «Por qué dejé el Catolicismo», convenciéndome de algunas razones de las que Vd. expone y de otras no. Ha-

ce tiempo que mi espíritu está en crisis, busco la verdad, busco algo en donde fundamentar mis creencias religiosas; busco la paz que Cristo trajo al mundo y que no he encontrado dentro de la religión católica, que profeso desde hace 33 años.

Soy sacerdote, como Vd. lo fue. Llevado de mi afán de buscar a Cristo y de ganar almas para el Evangelio, dejé España, mi Patria, dejé mi carrera universitaria de filosofía sin terminar, dejé mi familia y cuanto tenía y salí para América, poniéndome al servicio del obispo de Melo. Trabajo en el lugar que me han señalado con toda mi alma. Aquí me han visitado unas señoras evangélicas de Buenos Aires y he mantenido conversación con el pastor evangélico que reside aquí, y la crisis de mis creencias se ha acentuado, de manera que en este momento sólo me mantiene la fe y la esperanza en Jesucristo y su redención.

Interiormente siento un impulso a repasar la teología católica, sus argumentos y razones y ver de calibrarlos a la luz de las enseñanzas evangélicas. Deseo buscar la verdad sin conveniencias de ninguna clase para mí; tengo el temor de que si me decidiera a dejar mis creencias me resultara más fácil la doctrina evangélica que la católica, pues la veo más sencilla pero en estos momentos no tengo ningún apego ni a la una ni a la otra. Creo que Vd. ha tenido el encuentro con Cristo, como Pablo en Damasco, y ha roto todo lo que le ligaba a su ambiente social. Le admiro en este sentido y creo que si lo hizo sería por razones muy poderosas; pero también creo que cometió un error, a mi juicio, y es el de haberse casado al poco tiempo. Opino que de no haberlo hecho podría

haber tapado la boca más fácilmente a quienes de Vd. hablaron en términos peyorativos, haciendo pensar que las faldas influyeron más que su fe en Cristo.

Soy sincero al hablarle con la libertad propia de los hijos de Dios, quisiera que Vd. me hablara con la misma sinceridad. Los dos creemos y servimos a Cristo; no debe haber separación. Mi deseo es que Vd., si es verdad que encontró la paz, me ayude a buscarla fuera de la Iglesia Católica. Háblememe sencillamente de sus experiencias. Yo, por mi parte, hago cuanto está a mi alcance para estudiar los dogmas evangélicos y repasar los católicos. Necesito tiempo, pues no creo que Dios resuelva mi crisis en un par de días. Si Dios, en su infinita misericordia, me hace ver la verdad, no tengo ningún interés en seguir por donde voy; reconoceré mi error y me dedicaré de lleno a hacérselo ver a los demás. Sin poner a mi lado ninguna mujer, creo tendrán fuerza mis predicaciones que de otra manera.

Si Dios me ayuda y cuento con medios económicos, le haré una visita en enero o febrero; mientras tanto, confío en mantener con Vd. una correspondencia que me ayude, bien a dejar mis creencias, caso de que me convenza plenamente, o bien que me afiance más en ellas. ¿Está usted dispuesto a hacerlo así?

No dudo de que esta correspondencia, caso de iniciarse, se mantendrá en el más estricto secreto.

Reciba un afectuoso saludo de su hermano en Cristo.

José Manuel de León.»

Pasan varios días, el Sr. Padrosa no contesta su carta. Su alma sigue en lucha constante y vuelve a escribir nuevamente a dicho señor para ver si él puede ayudarle a encontrar la paz espiritual tan anhelada.

Por fin recibe una buena carta del Sr. Padrosa, pero en lugar de darse por convencido la contesta, defendiendo la religión católica, a la cual se halla fuertemente adherido.

Rocha, 5 de noviembre de 1958

Sr. D. Luis Padrosa.

Buenos Aires.

«Muy estimado hermano en Cristo: Hace días que recibí la suya, pero con el mucho trabajo que he tenido me ha sido imposible contestarla. Muchos son los puntos que nos separan; como le dije, busco la verdad. Hay cosas en el catolicismo en las que estoy conforme, pero no son cosas esenciales, son puramente disciplinares, mientras que en la religión evangélica hay diferencias de doctrina que juzgo esenciales... Ya que en este mes de noviembre conmemora la Iglesia a los fieles difuntos hablemos sobre esto.

La Iglesia Católica admite la existencia del Purgatorio. Las razones me parecen fundadas en la Sagrada Escritura. Vea 2.ª Macabeos 12;43-46, Mateo 12-32; 1.ª Corintios 3;13-15. Isaías 1;25, Zacarías 13-9. Estos son los textos en los cuales basamos la creencia del Purgatorio.

Además está la tradición de los padres, que para nosotros es regla de fe. Para esto nos fun-

damos en 2.ª Timoteo 2;2, 2.ª Timoteo 1-13, Juan 20;30 y 21;35. Es natural que Jesucristo quisiera que la revelación se conservara íntegra. Ahora bien, La Sagrada Escritura no es el único medio para conservar la revelación.

Primero: Porque Jesucristo no mandó componer ningún libro; los apóstoles son conscientes de la obligación que tenían de predicar, no de escribir, lo cual hicieron; solamente cuando las circunstancias lo exigieron, pero no era ésta su intención primaria; «Lo que de mí oíste ante muchos testigos, encomiéndalo a hombres fieles, capaces de enseñar también a otros». La fe es por la predicación y la predicación por la Palabra (tanto hablada como escrita) de Cristo.

Segundo: Los libros del Nuevo Testamento no fueron escritos para formar un cuerpo sistemático de doctrina, sino solamente para solucionar dificultades particulares relativas a las distintas iglesias, aclarando las dudas que surgían después de la predicación que habían recibido.

Tercero: La tradición no está formada por la palabra de viva voz, sino por las epístolas pastorales, catecismos, textos litúrgicos, documentos en inscripciones, todo lo cual no excluye la Sagrada Escritura.

Cuarto: Ustedes dicen que se ha de creer todo lo que está en la Sagrada Escritura, y, sin embargo, tienen como ciertos muchas cosas que no pueden probar mediante la Escritura; así, por ejemplo: ¿Cómo saben ustedes que los evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las epístolas del Nuevo Testamento son inspiradas y auténticas? ¿Por qué no pueden serlo también las de San

Clemente y San Ignacio? ¿Dónde consta en la Sagrada Escritura que se ha de celebrar el domingo en vez del sábado? ¿Por qué hay quien bautiza a los niños y, sin embargo, no se les da la comunión?

Quinto: Si la Sagrada Escritura se ha de interpretar privadamente, y ha de ser la única regla de fe, a muchos hombres les sería imposible saber la revelación divina en los primeros tiempos del Cristianismo cuando no había imprenta para multiplicar los escritos sagrados. Hoy mismo hay muchas personas que no saben leer.

Sexto: En 2.ª Pedro 3;16 dice, refiriéndose a las epístolas de S. Pablo que hay algunos puntos de difícil interpretación, que los indoctos e inconstantes tuercen, así como las otras escrituras, para su propia perdición.

Séptimo: Los primeros padres de la Iglesia: San Clemente, San Ignacio, San Policarpo, San Ireneo, etc., admitían la tradición como regla de fe. Así, Orígenes, la llama «conjunto de verdades que han sido transmitidas desde los apóstoles».

Octavo: La autenticidad y genuinidad de los libros sagrados sólo se puede demostrar histórica y críticamente (así como los asuntos más oscuros respecto a su origen) por medio de la tradición.

Estos son los puntos más fuertes que veo en favor de la Tradición y de la Iglesia Católica. Me gustaría mantener una correspondencia con Vd. discutiendo y aclarando estos y otros puntos. Creo que ustedes se dedican más a atacar el catolicismo que a defender su doctrina. Yo, por mi parte, prometo sinceramente dedicarme a buscar a Dios.

Creo haberlo encontrado, pero si estuviere equivocado, confío en que ustedes con sus oraciones y refutando los argumentos que yo puedo exponerles, contribuirán a que yo pueda rectificar mi error. (1)

En espera de su respuesta, le saluda atentamente su seguro servidor,

José Manuel de León.»

Los puntos arriba expuestos y otros fueron aclarados más tarde en la mente de mi sobrino por la simple lectura de la Sagrada Escritura y de otros libros de apologética cristiana evángelica a que se entregó; pero por lo que puede observarse en este escrito, él se aferraba tenazmente a las ideas que le habían sido inculcadas en el Seminario, y aunque admiraba la religión evangélica no se avenía a dejar el catolicismo sin estar plenamente persuadido de que no se hallaba en la verdad.

José Manuel posee un temperamento impulsivo, y al ver lo que está sufriendo, me inquieta. En este sentido le escribo y él me contesta el 6 de enero diciéndome que ha vuelto a escribir el señor Padrosa el día anterior y procura calmar mi ansiedad.

Rocha, 6 de enero de 1959.

«Ayer tarde escribí a Padrosa, pues no he recibido contestación a la carta que le envié. Le digo que me escriba al hotel contestando si va a estar en Buenos Aires en esta fecha. Yo he hablado con el pastor protestante varias veces. Siem-

pre que me ve me saluda muy atento, pero aún no hemos hablado en serio; no pases pena ni te preocupes, pues nada decido, comprendo que aún está la cosa muy verde.

Ayer, fiesta del nombre de Jesús, les largué a los feligreses de Rocha un Evangelio imponente. Lo más suave que les dije fue que mientras se preocupan del templo material, el templo espiritual amenaza ruina, si no es ya escombros, porque en ellos no hay paz ni caridad, que es la verdadera religión. Traté la cuestión social y de Jesús el Salvador. Les dije que nuestra salvación ha de ser el espíritu evangélico y que los católicos no lo tenemos porque no leemos suficientemente los evangelios.

Ahora doy clases por la mañana y por la tarde a algunas jóvenes de Acción Católica. Ayer me dijo Josefa, la presidente de Acción Católica, lo bien que el Obispo de Melo había hablado de mí. Dijo, en tono familiar, que navegaba muy bien el barquito que hay en Rocha (2). Lo dijo delante de señoras de allí y de aquí; así que puedes suponer el ambiente favorable que hay en todos los órdenes; pero me temo que ello ha suscitado alguna envidia.»

(1) Una rectificación de los argumentos expresados en esta carta se encuentra en su libro: «Porque abracé el sacerdocio... y porque lo dejo», en los capítulos: «El Purgatorio», «Las Indulgencias», «Romanismo y Paganismo», etc.

(2) Referencia jovial y cariñosa al hecho de proceder mi sobrino José Manuel, de ultramar, o sea de España.

CAPÍTULO III

RESPLANDOR

José Manuel aprovecha las vacaciones para ir a Buenos Aires con el fin de entrevistarse con el Sr. Luis Padrosa y poner su alma en calma. El Sr. Padrosa está ausente, y no sabiendo qué hacer, busca a las señoras evangélicas que le visitaron en Rocha, las cuales le llevan a su Iglesia, donde presencia una reunión especial de oración. Recibe una impresión tan profunda que su alma es transformada y se vuelca en Cristo, quien no quiso valerse para llegar a su corazón de ningún hombre sabio, sino de personas muy sencillas, pero llenas de fe y del Espíritu Santo. Le ocurre lo que en el cristianismo Evangélico se llama "la conversión"; pero no al protestantismo, sino a Cristo, pues José Manuel sigue siendo en estos días un sacerdote católico.

De Buenos Aires marcha a Santiago de Chile, y desde dicha ciudad envía una carta llena de espiritualidad e interés. Se nota en ella que su vida espiritual ha cambiado por completo.

Santiago de Chile, 11 de enero de 1959

«...Ahora paso a otro tema que creo te inte-

resará también. Te diré que he cambiado radicalmente. Llego a decirte que no me siento católico-romano, sino evangelista o evangélico. En Buenos Aires estuve tres días, los suficientes para darme cuenta y para sentir lo que jamás había sentido. No vi a Padrosa, no estaba. Dios lo ha querido así; vi, en cambio, a las dos personas que me visitaron en Rocha. Con ellas y con otros pasé mañana y tarde. ¡Qué diferencia de almas éstas a las que se dicen católicas! He visto y palpado la obra de Dios en ellos. Te diré, para que te des cuenta de mi cambio radical, que fui a Buenos Aires con chaqueta y pantalón y el alzacuello; tengo dinero y libertad absoluta. Tú sabes lo que esto supone para mí en una ciudad donde nadie me conoce. Pues bien; no he pisado un cine ni he hecho nada que me remuerda la conciencia. Y lo más grande es que en todos estos días no he dicho misa una sola vez, ni he rezado el oficio divino; solamente he orado a Dios a la manera evangélica y leído la Biblia.

Sinceramente te digo que cuando salí de Montevideo llevaba la idea de hacer lo que he hecho, ponerme en contacto con los protestantes; pero también de divertirme todo lo que pudiera, para conocerlo todo. Nada he hecho porque noto en mí algo que me aparta de ello, porque vi la verdad y porque la Iglesia Católica lleva caminos distintos. No, que no sea la verdadera, pues en esencia es la misma, pero ha abandonado el Espíritu de Dios para confiar demasiado en los hombres. Por eso ahora siento mayor temor de Dios que antes, porque veo que no toda la religión se reduce a la Iglesia Católica.

Es un poco difícil explicártelo; pero algo quiero contarte. He conocido pastores evangélicos y mujeres evangélicas. Con ellos he pasado grandes ratos en oración y he visto cómo oraban a Dios. ¡Qué espíritu y qué fe! He conocido un enfermo incurable, sanado milagrosamente por la oración y ¡cómo hablaba! El sábado oramos de las tres a las seis de la tarde y yo con ellos. Mientras ellos cantaban y alababan a Dios, yo lloraba amargamente; pero con unas lágrimas salidas del fondo de mi alma. Después sentí una paz como jamás la había sentido.

Al salir de este culto evangélico cenaba, y a las once vuelta a orar, hasta las dos de la mañana. Dirás, ¿y para qué tanto? Te diré, que ellos dicen que hay que tener un contacto con Dios y recibir el Espíritu Santo de una manera real. Yo tuve este contacto con Dios, puedo asegurártelo, pero no he sentido el Espíritu Santo, como ellos. Cada vez me convenzo más de que tengo que recibirlo; esta es la razón por la cual no doy un paso decisivo y me quedo donde estoy. Mi vida no puede ser más sincera. Si Dios quiere que cambie, él me dará los medios para ello. Pido a Dios me dé su Espíritu, y en cuanto lo tenga, confieso mi equivocación, entrando en la Iglesia Evangélica.

No creo que el Papa, con todas sus joyas y con todos sus lujos del Vaticano y los obispos con sus anillos y pectorales, sean los auténticos representantes ni de Cristo ni de los apóstoles; a ellos nada les falta, mientras que Cristo no tenía donde reclinar su cabeza. He visto en el metro de Buenos Aires monjitas muy recogiditas y modes-

tas, y he visto a otras mujeres evangélicas hablando en el mismo metro con hombres, con decisión y con la Biblia en la mano, predicando arrepentimiento de pecados y fe en Cristo. Les preguntaba porqué obraban así, y me decían: «Sentimos un impulso dentro de nosotras que nos lleva a hablar de Cristo .No podemos dejar de hacerlo». Diferentes maneras de proceder.

Quizás pienses que son estrambóticas; nada de eso, tan sencillas alegres y espirituales. He estado hablando de temas espirituales con cinco mujeres y algunos hombres, sin sotana, naturalmente. Su tema era siempre la Biblia y Cristo Jesús; pero hablan con una unción desconocida. A este rato iba yo a estar en mangas de camisa hablando de Cristo a las monjas o a alguna beata; imposible, les pasaría lo que a los fariseos. En fin, no puedo decirte lo que siento por falta de tiempo y papel. Continuaré desde Rocha, pues ahora tengo vacaciones hasta el día seis. No voy a seguir mi viaje. No voy a La Paloma, como había pensado; me quedaré en Rocha para ponerme en contacto con Dios.

No dejes de leer la Biblia, los Hechos de los Apóstoles y los evangelios, aunque no sea más que diez minutos todos los días. Prométemelo y pide a Dios arrepentimiento de pecados y fe viva en Cristo, y nada más. Adiós.»

CAPÍTULO IV

NUBARRONES

Aunque no se han terminado sus vacaciones, empieza una vida consagrada enteramente a la oración y lectura de la Biblia, durante seis horas diarias. Cuando está consagrado a esta noble y santa empresa recibe un telegrama del Obispo señor Cavallero que le sorprende, quitándole la alegría. Precisamente fue el día del aniversario de su llegada al Uruguay, lleno de los mejores deseos de trabajar por Cristo y para Cristo en la Iglesia Católica.

Rocha, 7 de febrero de 1959.

«...Me acaba de llegar un telegrama del obispo. Sorpresa. Me dice que acuda inmediatamente al balneario donde él está para hablar de un asunto urgente conmigo. Hago cábalas y no sé qué podrá ser. Dos cosas pueden ser: Que de ahí le hayan escrito cuantas barbaridades se les ocurra; y la segunda que se haya enterado de mi correspondencia con D. Luis Padrosa y de mi viaje a Buenos Aires. Mañana voy allí y os escribiré lo que resulte. Voy bien preparado y creo que Dios me ha de ayudar en todo...»

Después de una azarosa y lamentable entrevista con el Obispo Cavallero se dirige a Montevideo para hablar y exponer al Nuncio su situación.

Son estos días, para él, principio de un verdadero martirio, pasando por el crisol del cual Cristo le sacará para hacerle un verdadero cristiano y servidor suyo.

Rocha, 25 de febrero de 1959.

«...Hoy miércoles regreso de Montevideo, a donde fui el lunes para hablar con el Nuncio, ya que se trata de lo siguiente: No sé cómo decírtelo, pues me imagino el disgusto que te vas a llevar, quisiera estar a tu lado para explicártelo mejor. En una mía anterior te anunciaba que había recibido un telegrama del obispo diciendo que me presentara para hablar de un asunto urgente. Lo hice el sábado 21, y sin más, me dijo que estaba suspenso «at divinis»; es decir, que no podía ejercer el ministerio, que cesaba en el cargo y que cuanto antes me largara de la diócesis, buscando un obispo fuera del Uruguay, o que regresara a España de donde había salido, por las siguientes razones:

Primera. — Porque había predicado en protestante contra la Virgen, la confesión y la Misa.

Segunda. — Porque había hablado con mujeres sin llevar el traje talar.

Tercera. — Porque había ido a Buenos Aires y a Santigo de Chile sin permiso.

Intenté defenderme pero no quiso ni escuchar-

me, estaba furioso, por lo que el domingo le escribí una carta defendiéndome de las tres acusaciones.

A la *primera* le decía que esto era mentira (y lo es), pues yo no he predicado contra ningún dogma; le dije que estaba dispuesto a repetir mis sermones otra vez en público.

Además, aún en el supuesto de que así fuera, el Derecho Canónico manda que primero se avise; si no se hace caso, entonces se puede mandar la censura, pero que si algo había dicho que se pudiera interpretar mal, dispuesto estaba a retractarme.

A lo *segundo* le decía que yo mismo le había preguntado qué costumbres había sobre el particular y él me dijo que me mandaría las reglas por escrito. Fecha es ésta en que nada me ha mandado. Yo pregunté a los compañeros y procedí lo mismito que todos los demás han hecho y hacen. En cuanto a hablar con mujeres, si he hablado ha sido públicamente, con chicas de Acción Católica, con nadie más.

Y a lo *tercero* le dije que no fui a Buenos Aires por turismo sino por asuntos familiares, como podía ver por la carta que le adjuntaba. Además había hecho constar en la Parroquia a donde iba y nadie me dijo nada y fui en período de vacaciones.

El lunes hablé con el Nuncio y me dijo que lo expusiera todo por escrito dándole también las explicaciones de palabra. Todavía no he recibido contestación ni del uno ni del otro, pero espero la sentencia definitiva. Desde luego esto

es la mayor calumnia que se ha podido levantar. Más adelante te contaré, pues nadie puede decir que he predicado protestante.

No obstante el golpe inesperado, tengo paz interior y estoy tranquilo. Ahora caben las siguientes soluciones:

Primera. — Que el Nuncio me dé la razón y el obispo dé su brazo a torcer y continúe en Rocha, lo cual creo será hasta el 25 de enero de 1960, desde la cual tendría que buscarme otro lugar.

Segunda. — Que no me la den y tenga que irme. Entonces hay tres caminos:

a) Buscar obispo en Argentina o en otro lado; a lo mejor lo encuentro, aunque será difícil, porque los informes de éste ya puedes pensar cómo serán.

b) Volverme a Zaragoza. Esto me sería muy penoso.

c) Volver y terminar la licenciatura para ganarme después la vida como católico seglar, y la última:

d) Hacerme pastor protestante. Todo lo pongo a tu consideración, rogándote que me aconsejes. En cuanto tenga la respuesta te la comunicaré. Pero en el caso de que sea negativa yo no tomaré determinación alguna mientras no reciba carta vuestra contestando.

Ahora bien: Si es negativa tengo que abandonar la parroquia enseguida. Me iré a un hotel para esperar contestación vuestra y obrar en consecuencia.

Estoy tranquilo y confío en el Señor. No me importa dejarlo todo, pero la verdad, no esperaba que fuera tan pronto.

He cortado para bajar a cenar y después he salido a pasear la cena. Mientras paseaba se me han acercado tres chicas muy católicas, para decirme si quería darles clase de filosofía. Les he dicho que me era imposible, pues tenía ciertos asuntos pendientes para resolver que me impedían darlas. Como comprenderás no estoy para clases.

Sinceramente te digo: Que la Sagrada Escritura llena mi alma de paz y seguridad en que Dios nos ha de amparar. Nunca jamás fue más pura mi intención y sentí mi alma más arrepentida de mis pecados, con el deseo de entregar mi vida a Cristo donde El quiera.

Así que te pido un consejo, pero antes de tomar una determinación oraré mucho al Señor. Lo que sí puedo asegurarte es que si tomo alguna determinación es sin miras humanas, sin pasión y sin la menor sombra o deseo de dar con cabeza a nadie. Sólo busco la voluntad de Dios en esta noche oscura que se ha cernido sobre mí, aunque, como te digo, tengo paz y seguridad interior; pero cuesta desprenderse del lastre de 33 años de formación. Lo que sí puedo decirte, es que los evangélicos están más cerca de Dios que nosotros, porque tienen más sinceridad y oran al Señor con una fe que edifica.

Te comunicaré en cuanto sepa algo. No te lleves disgusto. Lee el Salmo 47 y 37 y 2.ª Timoteo 3. Creo darán paz a tu alma como la dan a la mía.

CAPÍTULO V

PRUEBA

Cambian de táctica los jefes de la Iglesia Católica. José Manuel cree de buena fe cuanto le dicen y prometen. Pero Dios pone por primera y única vez al Sr. Luis Padrosa en su camino y en una conferencia telefónica convienen vaya José Manuel al hotel a verle.

La lucha en su alma se recrudece, como puede darse cuenta el lector.

Montevideo, 28 de Febrero de 1959

«...Hoy, sábado, puedo darte alguna noticia sobre mi situación: Acabo de hablar con el obispo quien me ha recibido muy amable ; la cosa ha cambiado mucho, me dan todos la razón. El Nuncio me ha dicho que ha reprendido al obispo por su manera de proceder y que de su parte le diga al párroco que es un cobarde. El obispo me dice que nada diga. Que, naturalmente, hay cisma en el pueblo de Rocha y que yo no puedo continuar donde estoy, que debo salir; pero no ya echado como en un principio. El obispo se compromete a buscarme otro en Argentina que me reciba en su diócesis y a pagarme todos los gastos de viaje.

De momento me dice que me conviene hacer ejercicios espirituales con los jesuítas, cosa que haré a partir del miércoles que viene. Voy a buscar la verdad sin egoísmos ni pasiones. Mientras yo hago ejercicios el obispo me buscará otra parroquia y según lo que después de los ejercicios piense procederé. Me iré o me quedaré.

Me acaba de llamar el Sr. Luis Padrosa. Mañana domingo, a las once y media hablaré con él, pues está aquí en Montevideo dando unas conferencias.

Quizá te preguntes porqué no dejo todo y me hago protestante como él, pues sencillo, porque con la duda no puedo obrar. Tengo grandes dudas, pero éstas se van esfumando un poco al ver la manera de proceder de los hombres y, sobre todo, el abandono que tenemos de la Sagrada Escritura. Yo he notado que mi vida ha cambiado radicalmente desde que estuve en Buenos Aires. Lo que he recomendado a todos los fieles, es que lean la Sagrada Escritura y seguiré recomendándoselo. Ahora bien, si por esto me despachan, me convenceré de que no estoy en la verdad, a no ser que tenga otras señales.

Lo grande del caso es que yo no he predicado nada contra el dogma, sino la Palabra de Dios; pero esto es lo que me profetizó una de las señoras que me visitaron: «Si Vd. — me dijo — exhorta y predica la Sagrada Escritura, no durará ni dos meses en la Iglesia Católica». Ahora mi problema es convencerme de que ésta no es la verdadera Iglesia. Trataré de resolverlo durante los ejercicios.

Según me ha dicho el obispo, Rocha está divi-

dido, pues naturalmente la gente está de mi parte, la mayoría.

Después de los ejercicios no sé qué haré. Los hago aquí en Montevideo. Después, hacia el 11 de Marzo, volveré a Rocha para despedirme de todo el mundo. Si me han buscado un obispo, veré si voy, o si me declaro protestante.

Lo cierto es que ni en Rocha ni en el Uruguay me quedo. Si me voy será a la Argentina o a Chile. Durante estos días de ejercicios oraré, estudiaré y veré lo que he de hacer. A lo mejor salgo de ellos como estoy, sin haber podido afirmar mi fe Católica, como es mi propósito, y entonces me declaro ya protestante. Veré, pues nada quiero decidir sin antes haber pensado bien las cosas.»

Celebrada la entrevista con el Sr. Padrosa, empieza una verdadera lucha contra titanes, en la que sólo por medio de la ayuda de Dios podrá vencer. Esta ayuda no le faltó ni en los momentos más difíciles.

Al leer la próxima carta podrán los lectores darse cuenta con qué integridad de conciencia procedía.

Montevideo, 2 de Marzo de 1959

«...Ayer domingo regresé a Montevideo y me encontré con tu telegrama. Nada puedo adelantarte, ya que tengo que hacer ejercicios espirituales con los jesuítas de Montevideo, y después el obispo se ha comprometido a buscarme otro, ya en Argentina o en Chile. Ya veremos lo que sucede. Pues también puede suceder que lo deje todo y me ha-

ga pastor evangélico. Estuve hablando con el Señor Padrosa; él me dijo que mientras tenga dudas no debo dejar nada ni dar un paso. Me conviene hacer ejercicios espirituales, y después de pensarlo mucho, decidir.

Yo no sé, la verdad te digo, que esto me ha sorprendido. Yo no he predicado contra ningún dogma, sólo me he esforzado a que lean la Sagrada Escritura, nada más. Las señoras protestantes que me visitaron me dijeron: «Si vuestra reverencia hace esto no dura dos meses en la Iglesia», y así ha sido. Yo, por otra parte, oraba y decía: «Señor, si no es tu verdadera iglesia y no me quieres aquí, haz que me echen». Y mi sorpresa fue grande cuando así ha sucedido, ya que yo no he hecho nada absolutamente para ello. El obispo dice que he perdido la estimación del pueblo por haber predicado en protestante. Lo cierto es que todas las señoras de Acción Católica, empezando por la presidenta, han venido llorando porque me marchaba, y ninguna tiene nada que decir; están todas apenadas y no hacen más que llorar por esto. Yo, como te digo, veo la mano de Dios en todo, pues nadie lo comprende. El obispo reconoce su error, pero claro está, no quiere dar su brazo a torcer y quiere dejar a todos en buen lugar.

Me han interrumpido la señora Peña y otra feligresa para decirme lo que sucede. Ahora resulta que el párroco las ha llamado para decirles que está arrepentido de todo cuanto ha hecho y dicho, y que ellas escriban una carta al obispo para que me deje aquí, que por su parte reconoce el error y la imprudencia que ha cometido, estando dispuesto a repararlo todo, pues ha sido una mala

interpretación de los hechos. Les ha dicho que escriban al obispo y que él avalará la carta.

Esto ha ocurrido durante los días que he estado fuera y, la verdad, cada vez entiendo menos este galimatías que se ha armado; ahora no quiere el párroco que me vaya; lo más seguro será que se tenga que ir él, pues reconoce que ha metido la pata y obrado imprudentemente. Yo, a la verdad, no sé cómo explicarme este galimatías; veo palpablemente la mano de Dios en todos. Ahora resulta que están dando marcha atrás. Veremos lo que sucede, nada puedo decirte sino que no me escribas hasta que yo te avise...»

«...He recibido la tuya del 24, me agradan tus consejos. Ahora te recomiendo mucha prudencia en tus cartas, pues quizá me abran algunas. Por algunos detalles que me han dicho parece ser que así ha sido, pero no de mala fe, sino que el cartero, confundido, las ha entregado a otro lado.»

En el noviciado de los jesuítas de Montevideo comienzan una tanda de ejercicios espirituales. Pasa el día orando; medita y derrama lágrimas por el deseo de conocer la verdad. Lee solamente la Biblia. En casa nos preocupa su situación, por lo cual escribo al pastor Sr. Larson diciéndole dónde se encuentra mi sobrino y las razones porqué le han llevado allá. Pido que le visite.

Poco después recibo la siguiente carta:

Montevideo, 9 de marzo de 1959.

«...Hoy lunes vuelvo a escribirte para ponerte al corriente de mi vida, ya que supongo tu estado de ánimo al no tener noticias mías. Acaba de es-

tar conmigo el obispo; nada me ha solucionado, solamente me ha dicho que en vez de ocho días tengo que hacer quince de ejercicios espirituales, y que en tanto me buscará otro obispo por mediación de los jesuítas, en cuyo noviciado estoy haciendo los ejercicios. Así que no sé aún cuál será mi destino. Tengo tranquilidad en mi alma y paz, nada hay que me remuerda la conciencia. Sólo sé que mi vida ha cambiado de arriba a abajo y no puedo remediarlo.

El obispo me dice que deje de lado la Biblia y que no la lea más, y me dedique a otros libros. Le he dicho que no puedo. Me ha asegurado que los jesuítas me buscarán otra diócesis mejor que esta. Hasta ahora nada sé de lo que me han dicho. Pacientemente estoy esperando solución definitiva, no sé si mi temperamento aguantará tanto tiempo. Dios me dé paciencia y aguante. Por ahora no decido nada, dejo obrar a Dios por medio de los hombres y El me conducirá por donde deba conducirme. Espero y oro mucho al Señor, pero desde luego veo su mano providente para algo que El quiere hacer por medio mío. ¿Qué será? No lo sé. Yo todos los días le pido que me lo manifieste pronto. Me ha dicho el obispo que no vuelva a Rocha, pero tengo que volver cuando termine los ejercicios, por lo menos para recoger todos mis libros y cosas que allí tengo.

Lee en tu Biblia los salmos 23 al 30, verás qué hermosos son. Ten calma, y sobre todo no te tomes disgusto por lo ocurrido. Mas grande de lo que puedes imaginarte lo tengo yo. No puedes hacerte idea. Las lágrimas acuden a mis ojos todos los días; pero después que lloro me queda tranquili-

dad y seguridad. Yo sólo pido luz al Señor para esta noche oscura de mi alma, la más negra y oscura que se ha cernido sobre mi vida. Tú estuviste a mi lado en otras ocasiones amargas, entonces sólo se trataba de un cambio de posición, pero ahora se trata de algo más profundo ya que por medio está mi eterna salvación, si doy un paso en falso. Por eso mismo no tengo prisa en darlo; dejo obrar al Señor, seguro de que me ha de conducir donde El quiera llevarme.

Yo estoy sin decir misa desde el día 21 de Febrero. Nadie tiene nada que decir; todo son muy buenas palabras: «que tenga paciencia que todo se ha de arreglar». De momento, en concreto, nadie dice que he hablado en herético, solamente que he dicho algunas frases que son quizá algo fuertes y la gente lo ha interpretado mal. Yo lo que sí te digo es que mi herejía es solamente la de recomendar que lean la Palabra de Dios. Esto no puedo dejar de hacerlo y por lo mismo me volverá a suceder lo mismo si continuo mi sacerdocio en la Iglesia Católica. Estoy pensando, estudiando y llorando mucho. Dios quiera que brote la luz.»

Continúa en el noviciado de los jesuítas, practicando los ejercicios, y cada vez su alma está más entregada a Cristo y más distanciada de la Iglesia Católica.

Recibe la visita de algunos miembros de la Iglesia Evangélica, y en medio de intensas luchas espirituales decide cambiar el rumbo de su vida.

En la carta que me escribe desde el noviciado, después de contar algunos detalles de su vida como sacerdote en Rocha, dice:

Montevideo, 16 de Marzo de 1959

«...La verdad es que mi alma había cambiado después de mi visita a Buenos Aires. Había aprendido a orar al Señor, a poner toda mi confianza en El, y no podía menos de leer la Biblia durante cinco horas diarias, y notaba en mi alma la unción del Espíritu Santo, la cual me llevaba a predicar con más fuego y entusiasmo la Palabra de Dios, hasta el punto que la gente decía: «Pero, ¿qué le pasa a Vd. que se entusiasma tanto cuando habla?».

Mi problema, pues, no es material, es espiritual. Puramente espiritual, y tú no sabes lo profundo que es. Tengo abundantes señales de que Dios me quiere; ¿cómo? Estas señales son mis propias dudas y temores. No tengo prisa para resolver mi problema. Me han dicho que haga quince días de ejercicios espirituales y estoy contento, porque en esta soledad Dios está hablando a mi alma. Llevo diez días, por lo tanto el próximo viernes me toca salir. El obispo nada me ha dicho en concreto; te juro que nada espero de los hombres, todo lo espero de Dios. Fíjate bien, si estuviera cierto de que Dios me quería en Zaragoza, allá iba, estoy dispuesto a seguir y a pasar por donde Dios me llame; pero, claro está, sabiendo que esta era su voluntad.

No sé lo que ocurrirá. Estoy en Ejercicios y mi alma está purificada. Derramo abundantes lágrimas en la oración y lectura de la Biblia y va naciendo una esperanza y decisión; si la tomo será convencido de que Dios así lo quiere y nada más. Tu carta no la interpreto mal. Jamás dudé de

vuestro cariño familiar, como tampoco quisiera dudaras tú de mi sinceridad en estos momentos.

Ahora pienso que quizá el Obispo me mande a Melo; te juro que no me importa; si Dios no quiere que vaya, El proveerá. Yo sólo tengo un deseo, el de trabajar por Cristo. Sé que no puedo trabajar bien de otra manera; es el Espíritu de Dios quien me guía. Si al acabar el contrato en Rocha me echan, o surge alguna otra dificultad, será la señal para conocer que Dios no me quiere donde estoy, no me preocupa el porvenir para nada. Estoy cierto y seguro de haber encontrado a Dios, cosa que jamás había experimentado en los quince años que había llevado de vida religiosa.

Sea cualquiera el rumbo que tome mi vida, no se te ocurra pensar que es por mujeres o algún interés material. Hay cosas que yo no había hecho hasta ahora, y según la Escritura hago; así, por ejemplo: Ayer leí en Hechos, Capítulo 1, del 15 al 26, que oraron al Señor y después echaron suertes. Yo hice lo mismo y eché suertes; si me salía cara me quedo y si cruz iba con los evangélicos. Eché y por tres veces seguidas me salió cruz; a la cuarta me salió cara. Ahora he vuelto a hacer lo mismo. He orado al Señor y he dicho: «Señor, si me sale cara no voy a Melo y si cruz voy, suponiendo que el obispo diga que vaya, y me ha salido cara. Pensarás que estoy loco, pero fíjate, estaban reunidos ciento veinte discípulos y con ellos Pedro, y, no obstante, no acuden a la jerarquía para conocer la voluntad de Dios, sino que después de orar echan suertes y sale Matías; a mí me sucede lo mismo.

En fin, lo importante es que en mi alma hay

paz y deseo que en la tuya también la haya. Mi alma ha cambiado adquiriendo una mayor pureza, y deseo que la tuya también la experimente. Oro al Señor todos los días por ti. Lee Hechos, 16; 27-32. Yo he creído en Cristo y tengo la promesa de El de que seré salvo yo y mi casa. Cultiva en tu alma la fe en Cristo, pon confianza en sus promesas y palabras y haz que la caridad para con todos esté en tu corazón. No guardes odios ni rencores, pues con la medida que midiéremos seremos medidos. «Sed misericordiosos y alcanzaréis misericordia», dice el Señor Jesucristo. Yo te digo la verdad, no tengo rencor a nadie, por todos ruego.

Que la paz y la gracia del Espíritu Santo baje a tu alma dándote alegría y verdadera resignación en Cristo Jesús.»

CAPÍTULO VI

TEMPESTAD

José Manuel no termina de hacer los quince días de Ejercicios marcados por el Obispo, pues al enterarse éste de la visita de miembros de la Iglesia Evangélica al Noviciado de los jesuítas de Montevideo, le envía con toda urgencia a Río Branco, un pueblecito inhóspito, sin comuncacones, cercano al Brasil, y por añadidura no le permite ir solo, tiene que acompañarle el jesuíta padre Xicart. De esta forma es vigilado durante el viaje.

El párrafo segundo donde dice que «debe trasladarse de inmediato a su nuevo destino», revela el verdadero propósito del obispo: Convenía aislarle sin demora de toda influencia evangélica, de la cual en la ciudad de Montevideo no se veía libre, ni siquiera en el pensionado de los jesuítas. Bien vigilado, en un pueblo rural, era el lugar más seguro.

Una vez llegado José Manuel a su destierro me escribe una carta que revela toda la intensidad de su lucha y su dolor.

Río Branco, 18 de marzo de 1959.

«...Permítame que desahogue mi corazón a través de estas líneas. Después de Dios no tengo

a nadie más con quien hacerlo y yo quisiera que lo mismo que él conoce mi alma conociérais vosotros la mía y, sobre todo, en estos momentos tan críticos en mi vida. Y digo críticos no por la parte material, que más o menos la tendré siempre solucionada, sino por la parte espiritual.

Yo creo, querida tía, que en tu vida habrás tenido momentos críticos y amargos, en ellos siempre se habrá ventilado, o un asunto material o afectivo, de carácter humano, pero dudo que en tu alma hayas tenido un problema puramente espiritual, en el cual veas claramente cómo el edificio de tu fe, de esta fe que siempre te ha mantenido firme en medio de los más graves pecados, se desmorona. Antes, al arrepentirme reconocía que había obrado mal y abrigaba siempre el deseo de mejorar y salir de aquel estado, pero ahora es distinto; mejor dicho, es al revés; cuanta más pureza de corazón uno adquiere y cuanto más me acerco a Dios tanto más veo que mis creencias se vienen abajo y no puedo admitir lo que practicaba de una manera rutinaria, y sin haber profundizado el verdadero sentido de la unión con Dios, la cual me parece haber adquirido ahora por medios y por medio de gente que la Iglesia condena. Esta es mi lucha y mi noche oscura; no lo dejo todo porque no quiero que influya en mi decisión ninguna parte humana. No deseo nada de ello, por esto, después de los ejercicios espirituales, cuando me dijeron que debía venir aquí con toda urgencia, lo hice. Esto me va a servir para decidir en poco tiempo lo que debo hacer, si continúo o si declaro lo que pienso.

Sólo he exhortado a los fieles a que lean la

OBISPADO DE MELO
URUGUAY

69/59 Melo, Marzo 15 de 1959.

R.P. Dn. José Manuel de León.
Montevideo.

Mi querido Padre en Cristo:

Al terminar Vd. los quince dias de Santos Ejercicios con la esperanza de que hayan sido de profundo y gran provecho para su elegida alma sacerdotal, le envio esta carta paternal, que se la escribo sobre el Sagrario, ante el cual tanto he pedido por la feliz solución de su situación, para hacerle llegar de una manera oficial, mi determinación de ayudarle a fondo, en estas difíciles circunstancias para Vd. Con la condición de que Vd., ahora, haga lo que a continuación dispongo:

1º) He resuelto mandarlo a la Parroquia de Rio Branco, cuyo Párroco, Dn. José León Abolhafia, lo recibirá con mucho gusto. Este Padre español de origen y antiguo Párroco de la Diocesis, ha venido hasta esta Sede, llamado por mí, y está dispuesto a ayudarle como buen hermano. En él tendrá un gran amigo y consejero.

2º) Recibida esta carta, Vd. debe trasladarse, de inmediato, a su nuevo destino: quedándole, absolutamente, prohibido bajar a Rocha, tanto más que en estos momentos, todo está en calma y ni a Vd. ni a nadie conviene cometer una imprudencia.

El P. Xicart, portador de la presentey, que tanto le quiere a Vd., por orden mía y de acuerdo con las indicaciones suyas, bajará a Rocha para levantar todas sus cosas y enviárselas debidamente a Rio Branco. El se ocupará, tambien, del asunto pendiente con el Banco.

Si Vd. no se atempera a estas dos condiciones, le declaro que nada más podría hacer en su favor.

Buscar para Vd. un Obispo benévolo, en estas circunstancias es extremadamente dificil.

Hágame caso, que dificultosamente encontrará quien le quiera mejor y más efectivamente.

A Rio Branco va, por ahora, en calidad, de adjunto a la Parroquia, habiendole dado al Sr. Cura facultades para otorgarselas a Vd sobre el terreno. Si hace un esfuerzo, espero que muy pronto encontrará la paz y la verdadera alegría y su situación se irá regularizando en forma.

Las demás instrucciones prácticas se las transmitirá el P. Xicart, a quien mando, expresamente, a Montevideo para que le acompañe.

En la seguridad de que, dentro de pocas horas, Vd. llegará a Rio Branco, para celebrar dignamente la fiesta del Patriarca San Jos nuestro común Patrono, me complazco en hacerle llegar un cordial saludo y mi Pastoral Bendición.

+ Vicente Cazadessus
Obispo de Melo

Biblia. Dirás: ¿por qué hice semejante cosa? No podía menos que hacerlo. Al mismo tiempo que aparecieron mis dudas acerca de la fe católica por lo que había visto en Buenos Aires, sentía mi vida interiormente cambiada, con una mayor pureza de corazón; más oración y unión con Dios, y pedía: «Señor, si no estoy en la verdad haz, ¡oh Señor!, que me echen»; y he aquí que así sucede. Pero no obstante traté de parar el golpe para tener más tiempo para reflexionar lo que Dios quería de mí.

Durante los ejercicios he pensado mucho y llorado, y me voy convenciendo de que no puedo continuar así, porque me falta la fundamental creencia; y aunque no sea la fundamental, con que me fallara una sería suficiente, pues en la Iglesia Católica o se admiten todos los dogmas en bloque o se rechazan; o mejor dicho, te rechazan como espurio. Así es como estoy en la actualidad.

Créeme que tengo en mi alma la mayor angustia de mi vida. En el momento presente no hallo otro camino que dejar la sotana; pero te juro por la salvación de mi alma, que si lo hago no será por miras humanas. Lo hubiera hecho ya anteayer, cuando recibí la orden del Obispo, a las doce de la noche, de trasladarme aquí a las cinco de la mañana, sin poder ir a recoger mis cosas en Rocha y sin despedirme de los de Montevideo. Aquel mismo día habían estado por la mañana algunos cristianos evangélicos para decirme que no me preocupara por la cuestión material; yo les dije que no era esto lo que me preocupaba, sino la oscura noche de mi alma; hacer luz en ella.

El cura aquí es viejo, pero al revés que el de Rocha, éste no pide, saca el dinero, comprando o

vendiendo o haciendo cualquier otro negocio secular. La Iglesia, en su parte espiritual, está abandonada mucho más que en Rocha. Aquí, ni catecismos, ni Acción Católica, ni nada. Esta es la labor que a mí encomiendan. Estoy de adjunto, es decir, menos que teniente, a prueba; para ver si son verdad las sospechas y acusaciones o si son mentira. Pero nada me importa, me siento con fuerzas para trabajar en lo espiritual como el que mejor y más. Pero tropiezo con lo que ya sabes que es mi propósito: el de poner a Dios antes de todo y ser sincero con mi conciencia. Trabajaré sin hipocresías, y si me vuelven a reprender les diré: «Buenas tardes, señores, me voy». Antes de predicar, debo presentar los sermones en esquema para la censura y creo que lo inevitable tiene que llegar, Dios hará que llegue. Mira, te digo la verdad: no creo que dure mucho aquí. No por las cosas materiales, sino por las espirituales. Tengo gran poder de aclimatación y me aclimataría con nada más llegar; pero mi estado espiritual no me lo permite. Sé que recibiré algún nuevo golpe, pues ahora estoy más convencido que antes de lo alejado que está el Catolicismo del camino recto de Cristo. Además, pienso que la salvación se halla en todas partes, siempre que la fe en Cristo sea suficiente para unirte a El mediante la oración, para evitar el pecado. Yo pienso dejarlo todo; aun con dudas.

Dios sabe que no es por malos fines, sino para arriesgarme a encontrar la verdad. Si más de una vez me he arriesgado a pecar, creo que más me puedo arriesgar ahora, limpio de pecado, para ver si encuentro la paz. Si no la encuentro, con volver

otra vez a entonar el «Mea culpa», está arreglado. Dirás: «Te pondrán penitencias». No me asusta; todo se reducirá a volver a un Colegio, y de allí salí. Como sé que la paz estaría en mi alma, Dios me daría fuerza para soportar lo que fuera. Cuando esto pienso le falta el canto de un papel de fumar para dejarlo todo. Mi alma a veces es un caos, y otras se siente tranquila. Pero basada esta tranquilidad en fundamentos distintos al católico. Quizás no me creas, pero si me conocieras, verías ahora que no soy el mismo, aun físicamente. He perdido diez kilos y gran cantidad de pelo. Aquí en este destierro espero seguir perdiendo, pero no me importa, ya que a veces deseo la muerte, y firmaría por ella ahora mismo; te doy mi palabra de ello...»

Río Branco es una población muy pequeña y casi sin vías de comunicación, donde abundan toda clase de insectos. A él, a José Manuel, nada de esto le importa, sólo desea orar, leer la Biblia y estudiar. Los creyentes evangélicos encuentran medios para hacer llegar allí libros de controversia religiosa y estudio bíblico, los cuales le señalan los errores del Catolicismo Romano. La Biblia le conforta y la oración le une a su Dios y Señor. Desde allí recibo esta segunda carta.

Río Branco, 22 de marzo de 1959.

«...Unas líneas tan sólo, aunque no tengo noticias tuyas. Las espero mientras desahogo mi corazón con alguien, ya que no tengo a nadie con quien hacerlo. No sabes tú bien lo que mi alma

está pasando; no sé lo que sufrirá la tuya, pero al menos tienes a alguien que te consuela y un mínimo de comodidades y caprichos. Yo a nadie ni nada tengo que pueda calmar mi angustia espiritual; y en cuanto a lo material, ¿para qué hablar?

Voy a deciros que estoy decidido a dejarlo todo. Es muy probable que lo deje para Mayo; no porque no pueda aguantar esto, sino porque después de haber gustado el don de la oración con los evangélicos, me dan en rostro todas las ceremonias de la Iglesia Católica. Me resultan vacías y estúpidas. El cura es bueno, pero al verle actuar es de risa; hace las cosas como un verdadero autómata. El rezo del Rosario es rutinario y falto de sentido; cada vez lo veo más ridículo. Yo no puedo seguir así. Dirás: ¿por qué no lo dejas todo? Sencillamente, no lo hago por consideración a quienes en Rocha me han defendido contra la acusación de herejía, y en segundo lugar deseo demostrar a todos que si lo hago así no es por miras o intereses humanos, sino que no sirvo para hacer y fingir lo que no siento. Ahora me parece ridículo todo cuanto hago, y creo que Dios no ha puesto una religión tan complicada y ridícula, tanto en vestimentas como en prácticas. Ya estoy escribiendo a D. Luis Padrosa las razones por las cuales lo dejo todo. Tengo 34 razones de sentido común: comienzo ahora con las razones históricas, y seguiré después con las razones bíblicas, que contradicen las enseñanzas y doctrinas de la Iglesia Católica. Haré copias de este escrito y una la mandaré al Obispo y otra te la mandaré a ti, aunque tú ya recibirás el libro cuando esté impreso.

Hace poco ha habido en Bolivia un jesuíta que ha hecho lo mismo, se llama José M.ª Rico, y su libro se titula «Comenzó la vida». El mío será «Un cura confiesa».

Desde que llegué aquí me voy afirmando más en la idea de dejarlo todo. Creo que Dios no me quiere aquí. Volver a Zaragoza sería inútil, no porque me humillase, esto sería lo de menos; sino porque no podría seguir con las prácticas del Catolicismo. Si se lee la Sagrada Escritura no se puede continuar en la Iglesia Católica.

Mi primer choque al leer las Sagradas Escrituras, fue con respecto a la devoción a María. Se la invoca en la Iglesia con una devoción extraordinaria, como sabes muy bien, pensando que Dios por mediación de ella va a salvar al mundo; y, sin embargo, si se leen las epístolas de San Pablo vemos que no la nombra ni una sola vez. Hoy día, la Virgen, es el dogma fundamental, y quien recibe todas nuestras oraciones. No hace mucho decía el Papa que la Virgen es el medio más seguro para ir a Cristo; pero el Evangelio nada nos dice de ello. Cristo nos exhortó a que vayamos a El directamente. La devoción a María es de tradición, y esta tradición anula las Escrituras. Es cosa que no puedo, y tengo que soltar hablando o predicando, sin que me dé cuenta. En fin, hay muchas razones por las cuales no puedo continuar siendo un sacerdote católico romano.

La fe debe aventurarse y el premio de esta aventura es la luz. Yo me aventuro, no por conseguir mayor libertad, ni mucho menos, pues me sucede todo lo contrario: Desde que leo la Sagrada Escritura, no puedo ir al cine, ni fumar, ni hacer

otras cosas; hay algo que me impide el hacerlo. Es lo que les sucede a los evangélicos. Si conocieras a los señores Larson quedarías admirada de su espiritualidad; no puede ser que estén en el error y Dios no obre por ellos.

Creo firmemente que el gran error del Catolicismo es haber monopolizado la salvación de las almas, y una vez monopolizado, explotar esta salvación mediante el dinero.

Voy dejándome guiar por el Espíritu Santo. Te juro por mi eterna salvación que obro buscando solamente la paz, esta unión con Dios que tienen los evangélicos mediante la oración y que falta donde yo estoy; me refiero a los curas que rezan con los labios pero su corazón está lejos de Dios. En fin, que lo dejaré todo, pero sin prisas, con tranquilidad. El cambio de lugar ha contribuído a ello. De haber continuado en Rocha hubiera tardado más, precisamente por los afectos y estimaciones de que me hallaba rodeado; pero ahora nada me ata. Si lo dejo, será para hacerme pastor y predicar el Evangelio. Creo que encontraré la paz; si no la encuentro, entonaré el «mea culpa» encerrado en una cartuja. Dios tiene que hacerse encontrar, si uno le busca con sinceridad.

Aún no me han traído las cosas de Rocha, estoy aquí con lo más indispensable...»

Es tan horrible su situación que la llama infierno, y verdaderamente es un infierno cuanto le rodea. Sin hablar de la parte material, para un sacerdote íntegro como él, la pérdida de la fe católica es algo muy fuerte. Le asalta el miedo de la condenación. La condenación es el arma esgri-

mida por la Iglesia Católica para sujetar bajo su yugo a los que pomposamente llama «sus fieles».

Río Branco, 24 de Marzo de 1959.

«...No sabes tú bien el infierno que estoy pasando. Creía, en un principio, que podría resistir, pero cada día se me hace más insoportable la permanencia en la Iglesia Católica. Estoy lleno de dudas y de angustias. Hay momentos en que tengo deseos de dejarlo todo, pero el temor de la eterna condenación me asalta. Otras veces pienso volver a España, pero no podría vivir, no porque me fuera dura la regla de la orden escolapia, sino porque mis dudas sobre la fe no me dejarían vivir. Y esto es peor que las tentaciones de la carne. Lo grande es que éstas no las siento y si algo noto tengo gran facilidad para rechazarlo. Hay algo interiormente, que me impulsa a separarme del mundo y a vivir estudiando y orando. Ya no tengo más fe ni más confianza que en Dios. Cuando me pongo a pensar, mi alma se sumerge en la angustia más grande que puedes imaginarte. En la actualidad, sólo me aguanta el pensamiento de los santos que ha habido en la Iglesia. De lo demás del Catolicismo, no creo en nada. La vida y el espíritu de los evangélicos me atrae extraordinariamente.

Espero mis cosas de Rocha para escribir a máquina mi testimonio, enviárselo al Obispo y largarme. No me lleva a ello ninguna clase de resentimiento ni pasión, sino el deseo de hallar la paz. Ha sido todo tan sorprendente, que yo no encuentro explicación humana para ello. Si quiero, puedo continuar aquí. Dentro de unos meses

termina mi contrato; no creo que el obispo me despache. Pero es que me es imposible el permanecer, ya que mi fe se ha venido abajo, y cuanto menos fe tengo en el catolicismo, tanto más fuerte es el deseo de entregarme a Cristo. Jamás he sentido la vida espiritual tan fuerte; tanto es así que me siento impulsado a hablar del Evangelio todos los días a la gente. No puedo callar, y luego tengo paz y alegría; los pensamientos y palabras acuden a mi corazón. Ahora encuentro facilidad y antes era para mí el mayor tormento el tener que predicar.

A veces no sé si arrepentirme de haberme embarcado en esta aventura evangélica; pero a veces, pensando fríamente ,no tengo por menos que dar gracias a Dios que me ha permitido por este medio adquirir una mayor pureza de vida y más fe en mi alma. Yo oro al Señor todos los días por ti, pídele también tú que El te ayude a purificar tu alma. Lee los pasajes de 1.ª Juan 1;9. Hechos 3;19. Apocalipsis 21;7 y 8, 1.ª Juan -2-1, y 1.ª Corintios 6-9.

Esta Semana Santa va a ser para mí un verdadero Calvario. Pido a Dios que el Domingo pascual sea para mí un verdadero domingo de resurrección espiritual. Háblame de tus planes; yo nada puedo decirte, sino que para sacerdote no sirvo, estoy herido en lo fundamental de la fe con respecto a la intercesión de la Virgen, y otras cosas; por las cuales, aunque pretendiera continuar, me harían la vida imposible en el catolicismo. Sé que en cualquier momento lo dejaré todo.

Espero contestación del señor Larson, pues le pedía algunos libros.»

CAPÍTULO VII

DECISION

José Manuel trabaja intensamente y prepara el testimonio donde da las razones, múltiples, del porqué abandona la Iglesia Católica.

Se siente más unido a Cristo y, como un nuevo Saulo de Tarso, surge en él la necesidad de darlo a conocer a los hombres, predicando el Evangelio.

Río Branco, 29 de Marzo de 1959.

«...Llevo aquí casi 15 días y sólo he recibido una carta tuya que enviaste, aparte de las que remitiste a Rocha. Puedes dar casi por seguro que en el mes de mayo lo dejo todo y me hago evangélico. Se va operando un cambio grandísimo en mi alma. Va aumentando mi fe en Cristo y cada vez que leo la Sagrada Escritura o medito en la Pasión no puedo menos que llorar, y después una gran paz inunda mi alma. Cuando predico no puedo hablar de otra cosa que de Cristo crucificado, que murió por los pecados del mundo. Noto un gran vacío y ridículo en las prácticas de la Iglesia. Me doy cuenta de que no puedo continuar así. Deprisa estoy elaborando mi testimonio, o sea, el escrito de que te hablaba en mi carta anterior.

Estoy a fin de mes y cobraré los estipendios de

las misas; pero no puedo hacerlo, me remuerde la conciencia. Sé que cuando me lo dé el cura tendré que decirle las cosas como son, y como yo las creo, citándole lo que dijo el apóstol San Pedro a Simón el Mago: «Tu dinero perezca contigo, si crees que el don de Dios se gana con dinero». Quizá se precipiten los acontecimientos; ya no me importa nada, sólo hay en mi alma un deseo de predicar a Cristo; no puedo hacer otra cosa. No sé si me comprenderás, pero si estuvieras a mi lado notarías el cambio que se ha operado en mí mismo. Quizá pienses que me he vuelto un místico trasnochado, nada de esto; no me asusta el mundo ni nada, pero hay algo dentro de mí mismo que me lleva a Cristo.

Además, noto en mí el don de que habla San Pablo en 1.ª Corintios 7-9, cosa que antes no tenía, ya que navegaba contra viento y marea y en teniendo ocasión la aprovechaba, pero ahora no me es posible. Te diré que hay muchos dogmas que no creo, que no rezo el rosario y, sin embargo, mi vida espiritual es mucho más robusta que antes, pues siento a Cristo de una manera palpable. Antes era para mí una carga insoportable el predicar, ahora es la cosa más natural del mundo y no puedo menos que hacerlo. De no ser por lo que siento dentro de mí no hubiera podido resistir estos golpes, pero los he soportado con gran alegría. Sólo hay en mi alma la duda de si debo dejar todo o no; pero esta duda va desapareciendo. Podría volver a España, nadie me lo impide, pero veo que no puedo, sería un hipócrita y la vida me resultaría la cosa más horrible. Estoy herido de muerte en la fe católica y no puedo menos que

seguir adelante hasta encontrar otra cosa que dé paz a mi alma. Si no la encuentro volvería a la Iglesia Católica, aunque entonando el «mea culpa». Esto, que ante los hombres sonaría horrible, ante Dios no sonará tan mal, ya que El sabe el motivo por el cual obro. El sabe que no es ningún motivo humano, sino guiado por un ardiente deseo de vivir más en conformidad con el Evangelio. En el fondo, tengo una esperanza secreta de que no voy a ser defraudado. Lo más importante para ti es que tengas en cuenta las palabras de San Juan en su 1.ª Epístola, Capítulo 2, vers, 1. Léelo. Si esto haces, verás cómo Dios te ayuda.»

CAPÍTULO VIII

ULTIMAS DUDAS

En medio de su lucha espiritual escribió al pastor de la 1.ª Iglesia Bautista de Montevideo, Sr. Milovan, expresándole sus dudas, especialmente le inquieta la idea de que la Iglesia Católica ha tenido grandes santos, temiendo por dicho motivo al apartarse de su comunión. No se da cuenta todavía de que es Cristo y no una Iglesia quien santifica las almas. He aquí la respuesta del Sr. Milovan, que mi sobrino se apresuró a enviarme en aquellos días:

Montevideo, 13 de Abril de 1959.

«Sr. José M. León, S. J.

Río Branco, Dto. de Cerro Largo.

Muy amado hermano en Cristo: Hoy recibí su esperada carta del día 5 que me llenó de gozo y emoción, no pudiendo menos de exclamar ¡Gloria a Dios!, y que el Señor lo ayude a dar el paso definitivo rompiendo con el sistema romanista.

Dos cosas deseo decirle: 1.°, que Vd. tome todas las prevenciones necesarias para la hora que oficialmente se propondrá dejar la Iglesia de Ro-

ma, sobre todo después de su conversación con el Obispo para el día 21. Y 2.ª, quiero que sepa que mi casa estará abierta para recibirlo a cualquier hora que Vd. llegare por aquí. Bastará un aviso telefónico y con gusto lo recibiremos en nuestro modesto hogar. Y permítame que le agregue una 3.ª, que por lo demás, en todo lo relacionado con la vida y el pan de cada día, NO TEMA, «Jehová proveerá» (Gen. 22:14). El abrirá el camino y su promesa es «seré contigo en donde quiera que fueres», Josué 1:9. Le aseguro que es una experiencia personal.

Tomo nota en su carta de la siguiente frase: «La única incertidumbre que tengo es que en ella hay salvación, pues no hay duda que son muchas las almas que se han santificado y se santifican en la Iglesia Católica Apóstolica Romana».

Aquí hay dos cosas distintas que deseo señalar:

1.ª El concepto católico es que SOLO EN LA IGLESIA HAY SALVACION, la doctrina del evangelio es que SOLO EN CRISTO HAY SALVACION. Ninguna Iglesia salva, Solo Cristo el Señor salva. e ahí que al separarse Vd. de la Iglesia de Roma, lo que hará es ponerse incondicionalmente en los brazos de Cristo, donde le aseguro que hay más seguridad que en cualquier Iglesia del mundo. Por convicción somos miembros de la Iglesia que vive mejor y práctica y esté más cerca de Cristo y sus enseñanzas, pero siempre Cristo es el centro de nuestra fe y esperanza.

2.ª Usted me dice que «muchas son las almas que se han santificado y se santifican...». También en esto de la santificación hay una interpretación muy distinta entre Roma y el Nuevo Testamento.

Tengo a la vista una definición católica de lo que es un santo, dice así: «Un santo en el sentido estricto de la palabra, es una persona que goza de la visión beatífica, y que ha sido presentada por la Iglesia para la adoración pública de los fieles». Como Vd. sabe la Iglesia de Roma hace una investigación larga y costosa para canonizar o declarar santa a una persona. En el Nuevo Testamento encontramos que un santo es una persona que ha sido justificada por la gracia de Dios, que ha sido regenerada y sus pecados han sido lavados por la sangre de Cristo; (I Juan 1:9) por lo tanto es una nueva criatura en Cristo (II Cor. 5:17) que ha sido sellada con el Espíritu Santo (Efesios 4:30) y el Espíritu Santo continúa morando en él, lo cual constituye la base de la seguridad de su salvación personal. La presencia de Cristo es una realidad en él hasta aquel día cuando será como El es (I Juan 3:2), San Pablo saluda a los hermanos de la Iglesia de Corinto como santos (I Cor. ,:2) y luego reconoce todas sus imperfecciones. Lo mismo hace con los cristianos de Roma (Rom. 1:7).

A los Efesios en el capítulo 1:4, dice el mismo apóstol que Dios nos «escogió en él (en Cristo) antes de la fundación del mundo, PARA QUE FUESEMOS SANTOS». Es decir, que este no es un privilegio para algunos que han tenido visiones beatíficas, según la definición del manual católico, sino para todos aquellos que él ha querido llamar en su amor y gran misericordia. Usted y yo, y cada creyente en Cristo hemos sido llamados y escogidos para que fuésemos santos. «Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación», I Tes. 4:3. El significado fundamental de la palabra san-

tificación es «Separación». Esto significa que aquellos que han sido hechos «santos», legalmente al aceptar la gracia de Dios, deben esforzarse en serlo real y efectivamente en su conducta. El apóstol Pedro — citando Levítico 11;44, donde Dios mismo es quien habla — dice: «Sed santos porque Yo soy santo». 1.ª Pedro 1:15 y 16. Es el deber, el privilegio y la responsabilidad de todo creyente ser santos como su Dios lo es.

Como Vd. ve, la enseñanza del evangelio y de la Biblia es clara y completa. Ya está Vd. comprobando que no hay sombras de dudas en lo que el Espíritu Santo ha escrito por medio de sus siervos para nuestra instrucción y dirección en la vida cristiana.

Basta pues por ahora. Deseo que el Señor lo bendiga muy ricamente. Seguiremos orando por Vd. y en especial pediré a los hermanos que el día 21 establezcan una verdadera cadena de oración para que su testimonio ante el obispo sea de su fe en Cristo y del poder del evangelio que salva, y de la verdad de la Santa Palabra.

Suyo afmo. en Cristo,

Guillermo Milován.»

Esta carta del Sr. Milovan acaba de disipar sus dudas por completo y, decidido a todo, espera el día de dar público testimonio de su fe evangélica.

Le es anunciada por carta la visita del obispo Cavallero, y se apresura a comunicárnelo por medio de la siguiente carta:

Río Branco, 13 de Abril de 1959.

«...Ha llegado una nota del Obispo anunciando

su visita para el día 24 de este mes. Estará en este pueblo hasta el 27. Yo creía que vendría el día 2 de mayo. No sé lo que haré, seguramente no esperaré a esta fecha; de todas formas, tú escríbeme a casa de los Sres. X, calculando que el día 20 ya no estaré aquí. Ayer completé el testimonio con unas cuantas cuartillas más, que se refieren a los argumentos en contra de la infabilidad del Papa. Primeramente publicaré las de testimonio personal, anunciando la fecha en que volveré a hablar, y el segundo día leeré las demás. Piensa que estoy algo nervioso cuando pienso en mi cambio; no es por la incertidumbre, sino porque dentro de mí hay algo que me impulsa a hablar con fuego y calor, como puedes ver por las cuartillas que te envío, y que las escribí ayer, en un momento de inspiración. De momento, nadie sospecha nada aquí en Río Branco.

Creo que va a hacer sonada cuando se enteren, sobre todo, como me dedique a hablar en público. Me harán picadillo, según me pronosticó el Reverendo Padrosa, pero, sea lo que sea, el país es libre y cada uno puede dar su opinión.

Creo que, de momento, quedaré unos días en Rocha con los señores Larson, pero tú escribe en Montevideo. Haces muy bien en no dejar la Biblia, léela con serenidad y si algo no entiendes pide al Espíritu Santo que te dé sabiduría y entendimiento. Como puedes ver, por las citas que en las cuartillas van, yo ya la he manejado bastante. La oración del corazón es magnífica. ¡Cuánta diferencia de los rezos que enseña la Iglesia Católica! ¡En la oración se conmueve todo mi espíritu! ¡Qué bueno es Dios! Este es el mejor testimonio: el

de mi conciencia. Por esto no puedo seguir con todas las minuencias de prácticas externas. Me siento ahora como rey y señor, dueño de mí mismo, en todas las circunstancias y ante cualquier persona que se ponga delante. Como mi trabajo aquí es muy poco, sólo por la mañana media hora y los sábados y domingos, pues soy un sacerdote limitado como sabes, escribo, leo y oro la mayor parte del día...»

CAPÍTULO IX

ROMPIMIENTO

Al fin, toma la determinación de abandonar la Iglesia Católica y termina su testimonio, en el cual da explicaciones del porqué procede así.

Río Branco, 14 de Abril de 1959.

«...Debo decirte que mi suerte está echada. Acabo de terminar el testimonio con las razones explicativas de mi manera de proceder. El día 21 llega de visita el Obispo, se lo daré para que lo lea, y me vuelvo a Rocha, donde hablaré por radio explicando al pueblo mi conversión y después me iré a Montevideo, y sea lo que Dios quiera; pero yo no puedo seguir a donde estoy. La palabra de Dios me ha vencido; no sé lo que pensarás de mí; pero sea lo que sea, no me juzgues desfavorablemente. Dios sólo sabe lo que he sufrido y lamentado lo sucedido, pero él así lo ha dispuesto, contra todo pronóstico.

Como ves, rompo ya con todo de una manera definitiva y es que tengo razones poderosas para ello. Ayer, el vicario de la diócesis de Pelotas, al cual le encargué si podía venderme la máquina de

cine, me decía que si quería pasar al Brasil me admitía y me daba la cátedra de castellano en la Universidad, de la cual es el director. Buena perspectiva, pues tienen sueldo del Estado; pero me es imposible, hay otras razones más poderosas que me lo impiden...»

José Manuel explica por quién y por qué sufrió tantas humillaciones e injusticias.

Envía su testimonio, que es realmente conmovedor, diciéndome que se propone publicarlo en forma de libro. Al hacer la decisión de dejarlo todo para dar testimonio de su fé en Cristo, su alma se llena de alegría, han terminado las luchas, y la paz de Dios inunda su corazón. Esto es lo que expresa en la siguiente carta:

Río Branco, 15 de Abril de 1959.

«...Como te digo, mi suerte está echada y decidida. Junto con ésta te envío el testimonio que tengo escrito para explicar el por qué dejo la Iglesia Católica. Se lo das a leer a los amigos R. y X., si te parece bien, y luego me lo devuelves, ya que sólo hice tres copias. Una para el obispo, otra para el pastor y la tercera te la envío.

Llámame tonto y lo que quieras, pero con Dios no se puede jugar. Necesitaba poner calma en mi espíritu alborotado por el revés sufrido. Tú sabes cuál es mi genio y cómo acostumbro a reaccionar cuando injustamente me hacen algo. Esta vez me lo han hecho y. sin embargo, he callado y de mis labios no salió ni una queja ni una sola palabra de enojo. Es que en mi alma estaba la duda en

cuanto a la fe católica y necesitaba salir de ella. Naturalmente, sólo la oración y la Palabra de Dios podían sacarme de tal estado. Por esto decidí proceder con calma aceptando todo cuanto Dios me enviara. Cada vez que oro al Señor las lágrimas acuden a mis ojos y mi alma se llena de ternura, con gran arrepentimiento de todos mis pecados, y la seguridad de que Dios me ha perdonado absolutamente todo.

A fin de este mes estaré en Montevideo. Quisiera que la alegría de mi alma inundara también la tuya, dándote la seguridad de la salvación, como yo la tengo,

Me gusta lo que me dices acerca de la lectura del Evangelio de San Juan. A mí es el Evangelio de San Juan el que me ha dado mayor luz. Sobre todo, lee el capítulo 20 y 21, donde dice claramente que lo escrito es suficiente para tener vida eterna, y en la 1.ª epístola de Juan, Capítulo 2;27 y 3;23 al 14, también se afirma lo mismo. En fin, lee toda la epístola, que es maravillosa.

Tú misma puedes comprender, que, si no fuera por algo sobrenatural, no hubiera aguantado lo que aguanto. No me preocupa la parte material, bien lo sabe Dios. El haber dejado pasar estos días sin haber tomado una resolución radical a raíz de mi destierro, dará más fuerza a mis argumentos y razones, pues al principio, me echaron de Rocha por sospechoso de herejía, pero ahora soy yo quien libremente lo dejo para seguir al Evangelio. Así que las cosas han cambiado.»

Sin esperar a que el obispo se tome la molestia de ir al pueblecito de Río Branco, él mismo se

presenta en el obispado de Montevideo y con claridad expone su determinación de abandonar la Iglesia Católica.

Con esto se acabaron sus dudas y vacilaciones, venciendo en él quien únicamente vence siempre: Cristo.

Montevideo, 17 de Abril de 1959.

«...Ya me tienes en Montevideo, llegué el miércoles y esta mañana he hablado con el obispo. La entrevista ha sido cordial y tranquila. Yo no iba con ánimo de discutir con él, sino pura y sencillamente decirle que dejaba la Iglesia Católica. ¿Razones? No le di ninguna; solamente le dije que no creía nada más que la Biblia, y como había perdido la fe en la Iglesia Católica, no podía continuar sirviéndola; y que, por lo mismo, él se quedaba donde estaba y yo me iba. Me ha dicho que pensara mucho lo que hacía. Yo le he dicho que lo había pensado y orado mucho y que, por lo mismo, la dejaba, pues tenía poderosas razones para ello, razones que algún día llegarían a sus manos.

Me dijo: —Muy bien, que Dios le ampare —; y que si alguna vez voy por Melo o por Minas, tendría mucho gusto en verme. Le respondí: —Que lo mismo le decía, pues no tenía nada contra él.

Así que, ya está todo decidido. Mañana iré a Río Branco para recoger las cosas y la correspondencia. Después marcharé a Rocha para dar mi testimonio y hacer labor de evangelización. Más adelante, no sé lo que haré. El pastor de aquí me ha dicho que hay mucha labor que hacer en el Uruguay. Me ha declarado que, dada la trayectoria

de mi conversión, no precisaba nada más, pues yo le había dicho que si tenía que hacer algún curso en un Seminario, o lo que fuera conveniente. Me respondió: —Que no era preciso, pues tenía ya suficiente formación para predicar la Palabra de Dios. Lo que necesito es el Espíritu Santo que me inspire. Por mi parte, puedo decirte que tengo una tranquilidad grande; que a veces lloro pensando en Cristo, pero lloro de gozo, y que nada me atrae de las cosas del mundo. En fin, es algo un poco difícil de explicar. Dios quiera que pronto nos veamos.

Supongo en tu poder el testimonio que te mandé con las razones por qué dejo la Iglesia Católica. Si alguna no te convence, puedes hacer tu crítica; mi mayor deseo es que puedas hacer pasos decisivos en tu vida espiritual. Fíjate en el que yo he dado.

El Obispo dijo que pensaba dejarme provisionalmente donde yo estaba, pero que me iba a cambiar muy pronto a otra parroquia mejor. Yo le he dicho que no lo podía hacer; pues, sin fe, todo es inútil, y acordándome de tus palabras, le dije: que «perdía la fe en Roma, pero no en Dios ni en Cristo», y le añadí: que mi fe en Él es mayor que antes; pero que al perder la fe en Roma, nada puedo hacer para recuperarla, si no dar el paso que doy.

Tengo otro título para mi libro, se titulará: «Por qué me hice sacerdote y por qué lo dejé», pues el de «Un cura confiesa», ya lo lleva un libro publicado, que el año pasado ganó el premio Nobel. Creo que este segundo título aún expresa más el contenido del libro...»

CAPÍTULO X

TESTIMONIO

En Montevideo habla José Manuel en un culto evangélico. Vuelve al pueblecito de Río Branco para recoger sus libros y efectos personales. Confía cuanto ha hecho al párroco, el cual, de momento, queda asombrado, pero más tarde le escribirá insultándole. Le declara francamente su determinación de ir a Rocha, confesar allí públicamente su fe cristiana evangélica, y recibir el bautismo.

Río Branco, 21 de Abril de 1959.

«...Ayer, lunes, a las 11 de la noche, llegué de Montivideo de arreglar las cosas. Todo está solucionado y el paso definitivo está dado. Estoy preparando las cosas para marcharme en definitiva, pero las inundaciones me impiden hacerlo. Ya le he dicho al párroco mi decisión. Resulta que él mismo, cuando vino de España, tuvo el mismo problema, pues nadie quería recibirlo, y entonces empezó a conversar con los protestantes, y cuando se enteraron en Roma, lo recibieron. El lo hizo por necesidad; yo, por convicción.

Al párroco de Yaguaron le he dicho lo mismo. En este momento está leyendo las razones contra

la infalibilidad papel, las razones históricas y las de la Sagrada Escritura; lo demás, o sea, el relato de la corrupción de los papas en la Edad Media, no he querido dárselo, por no ofenderlo.

Te interesará saber que en Montevideo ya he hablado públicamente en la congregación de los señores Larson, pero solamente en ésta. Iré a Rocha uno de estos días. No me importa lo que pase, sólo deseo publicar la verdad y nada más. No se trata de resolver problema material alguno, sino el espiritual, y con éste resuelto, lo demás se nos dará como añadidura, dice Jesús. No obstante, no sabes el gran consuelo que me han dado tus cartas, pues siempre lo material influye. Aunque creo que se me va a resolver bien y pronto. De todos modos, el saber que se puede resolver por otra parte, siempre produce consuelo y mayor seguridad. El viernes hicieron una colecta a beneficio mío en la iglesia evangélica donde prediqué y reunieron 125 pesos. De momento, me mantego con lo que tengo. Quizá el sábado esté en Rocha y allí espero bautizarme en las aguas y recibir el Espíritu Santo, tal y como consta en los Hechos de los Apóstoles. Luego, marcharé a Montevideo, donde confío en Dios que nada me ha de faltar. Como te decía, hablé en el culto evangélico y había mucha gente, y gente bien, como en todas las religiones. Como puedes suponer, fui objeto de multitud de preguntas. Desde luego, quedé maravillado por el espíritu de oración y la alegría que todos tenían reflejada en sus rostros. Como ves, ya no me es posible volverme atrás, sigo adelante.

No pienses que estoy cegado por el nuevo camino. Sinceramente, te digo: Creo que la vida

evangélica es más dura. Ni fuman, ni beben, ni asisten a espectáculos públicos; pasan el día orando y cantando. Su alegría, empero, es contagiosa, pues es algo que nunca había visto.»

Pocos días después, escribe de nuevo dando cuenta de las tremendas inundaciones que azotaron el Uruguay en la primavera de este año; pero, sobre todo, del cambio feliz operado en él. Evidentemente, nació el hombre nuevo, de quien nos habla San Pablo, en mi sobrino José Manuel.

Río Branco, 24 de abril de 1959

«Nuevamente contigo con la pluma, después de un día de perros exteriormente, pero con el interior rebosando de paz y alegría. Aquí en Río Branco, las aguas llenaron todas las casas, solamente hubo tres en las que no entró el agua. Entre éstas no estaba la Iglesia ni la casa parroquial, donde el agua subió más de cuatro metros. Se me mojó todo, con el consiguiente estropicio que puedes imaginar; pero no te preocupes, ya que lo que se ha estropeado no lo iba a usar. Se ve que Dios desea que no conserve nada de lo pasado.

Como puedes ver, por lo que te digo, y algo más que no nombro, o la mano de Dios está sobre mí, haciendo romper más plenamente con mi pasado, o bien, es el castigo por mi error ; pero yo no creo que sea así, ya que, en medio de todo, estoy tranquilo y contento, deseando llegue el sábado para irme a Rocha, dejando ya la sotana y rompiendo con toda mi vida pasada.

No dudes de que en todo está la mano de Dios, pues, después de trabajar un año con toda devoción y fervor, levantando la Acción Católica en Rocha, el golpe tan inesperado que vino sobre mí, no se explica si no es porque Dios tiene algún designio grande para mi persona, y debo buscar lo que El desea de mí. Esto sí, jamás sentí a Cristo como lo siento ahora; es una unción desconocida. Noto que, poco a poco, los temores de eterna condenación desaparecen de mi alma y hay una mayor libertad de espíritu, junto con una seguridad en Cristo para apartarle a uno de la más ligera sombra de pecado.»

CAPÍTULO XI

ASOMBRO

José Manuel se traslada a Rocha, donde había ejercido su ministerio en la Iglesia Católica, tan provechoso y bien apreciado. Al siguiente día de su llegada, hace una visita a su antigua parroquia. El párroco está en Minas, pero habla con el coadjutor, padre Silva, que se queda asombrado de su determinación.

Rocha, 26 de Abril de 1959.

«Ya estoy de nuevo en Rocha. Llegué ayer, sábado, procedente de Río Branco. El hermano Larson salió a encontrarme en Trenita y Tres, y juntos vinimos hasta aquí. Hoy, de mañana, he estado en la parroquia, hablando con el cura Silva; el párroco estaba en Mina. Le he comunicado mi decisión y se ha quedado de piedra. Me ha recibido muy amable y hasta me ha invitado a comer, pero no lo he aceptado.

La gente ya me ha visto y comienza a revolucionarse el pueblo preguntando qué ha pasado conmigo. Esta tarde, cuando iba a la parroquia, a la una y media, me he encontrado con la señorita F. y otras. Iban en el coche de ésta. Hemos hablado

hasta las cinco y treinta, les he dado un testimonio a base de la Biblia. Nada más que leyéndoles textos bíblicos, y ellas mismas sacaban la conclusión, y las conclusiones que sacaban eran las mismas que yo he sacado. Pero se quedaban asombradas, y cuando veían que no podían responder, se iban a otro tema. Hasta llegar al de la infalibilidad pontificia, ha ido muy bien; sin embargo, sin yo nombrar para nada al papa, ellas han preguntado: «Pero si la Biblia dice esto y la Iglesia enseña otra cosa, ¿qué debemos hacer?, porque el Papa no va a negar usted que es infalible.» Yo nada les había dicho acerca del Papa, ni tampoco de la resolución que iba a tomar de dejar el sacerdocio católico, pues todavía voy vestido con sotana. Al decirme esto, les respondí: «Esta es la piedra de toque; escuchen mañana la radio, a las ocho treinta, que hablaré precisamente sobre este asunto.»

Puedes suponer la que se va a armar. Yo mismo estoy, a veces, asustado de haberme lanzado a una cosa así. Hasta el hermano Larson parece asombrado por la manera mía de proceder. Hoy decía: «Jamás pensé que llegara usted a hablar de esta forma y, sobre todo, que llegara a esta firme convicción y conocimiento de Cristo tan pronto.»

De momento, soy admitido como obrero en la Iglesia Evangélica. Uno de estos días me bautizaré en las aguas. Si lees en los Hechos de los Apóstoles, verás cómo se bautizaban los primitivos cristianos.

Creo que aquí no estaré mucho tiempo; a lo mejor, me quedo de pastor en Rocha. Hoy me decía esto el hermano Larson. En fin, nada puedo decirte, pues todo lo debe disponer Dios. Es la

gran diferencia que hay con el catolicismo. Allí son los hombres los que dan cuenta a Dios de lo que ellos han dispuesto y hecho, y aquí, antes preguntan a Dios y oran para saber lo que deben hacer. Yo tengo gran confianza en que con la ayuda de Dios todo ha de salir adelante.

Creo que a la Iglesia Católica de aquí, Dios le va a crear un gran problema con mi conversión, pues va a haber gente que me va a seguir y creer, ya que la Iglesia está llena de sofismas. La Sra X., y su compañera me decían el otro día, cuando discutíamos: «Ya estamos en duda, y si dudamos, hemos pecado.» Yo les dije, en broma, que no se preocuparan, que las absolvería. Han prometido que se comprarán las Sagradas Escrituras y las leerán. El cura Silva me ha dicho esta mañana que ahora predican los dos sacerdotes todos los domingos. Además, que hay Rosario todas las tardes, y, lo mejor de todo, que a los muchachos de Acción Católica les ha impuesto el que lean las Escrituras. Yo le he dicho que si lo hacen así, no creo que dure mucho, pues les pasará lo mismo que a mí.

No dejes de leer la Biblia y orar mucho al Señor, como yo lo hago.»

José Manuel tiene una entrevista nada cordial con el párroco de Rocha, padre Ascensión; pero mi sobrino, a pesar de su temperamento, domina sus nervios con la ayuda de Dios, y le habla con bondad y todo queda en calma. Empieza contra él una campañana encarnizada de difamación.

Rocha, 28 de Abril de 1959.

«Nuevamente contigo con alguna noticia que

darte. Como te decía en la anterior, estoy ya en Rocha, dispuesto para la batalla. Aún ando de uniforme, pues mientras no dé las razones por las cuales dejo la Iglesia Católica no quiero dejarlo. Puedes suponer el ambiente de expectación que hay en todos los sectores. El cura Silva anunció el Domingo pasado, en la Misa, que yo había dejado la Iglesia Católica. Ayer, lunes, hablé con el párroco, el cual se descompuso de tal manera que me dijo hasta... «Hijo de la gran p...», yo estaba tranquilo y sereno, como no puedes figurarte.

Le hablé al corazón y logré calmarle. Me pidió casi con lágrimas me marchara de Rocha y que nada dijera ni hablara, pues se consideraba impotente para luchar conmigo. Yo le dije que este era su gran error, el pensar que la lucha era cosa personal; que contra él yo nada tenía, al contrario, lo estimaba y me daba lástima que viviera tan apartado del Evangelio. Que si yo tomaba esta decisión, no era por motivos personales, ni mucho menos, pues, de ser así, lo hubiera hecho en Febrero, cuando el Obispo me dijo que debía marcharme de Rocha. Entonces, yo podía haber dicho cuanto quisiera contra ellos y luego marcharme a España, donde siempre sería bien recibido, sin tener que cambiar de religión; pero las razones eran más profundas, y era por éstas por lo que yo obraba así.

Le dije, además, que iba a darle prueba de que yo no tenía nada personal contra él, prometiéndole: que estaba dispuesto a romper las cuartillas que tengo escritas para la radio, y a no hablar nada, marchando de Rocha, siempre y cuando,

después de hacer oración, así nos lo indicara el Señor, al pastor y a mí en nuestros corazones.

He cumplido mi promesa. Oramos con toda sinceridad y fervor, y las razones son poderosas para arremeter por cuanto se nos ponga por delante. Las razones son estas: Que si el Evangelio es verdadero y mi vida ha cambiado gracias a él, y si la Iglesia Romana está apartada de su espíritu, debo dar la batalla; no por justificar mi persona, sino por atención a la causa que he abrazado, pues si la persona no está justificada ante los demás, éstos no aceptarán su doctrina o la mirarán con desconfianza.

La furia clerical ya se ha desatado, pues dicen que cambié porque vine a buscar plata en el Uruguay, y como no la encontré, por esto, ahora, me voy con los americanos en busca de dólares. También han hecho correr la voz que me hago protestante para casarme. Como ves, dan las razones de siempre. Lo que ellos no esperan es lo que voy a decir, y cómo voy a reaccionar, pues siento que Dios está conmigo y puede poner dulzura en mis palabras. Predicando a Cristo, la gente notará la diferencia.

El domingo, por la noche, vinieron dos jóvenes católicos a hablar, y ayer, también de noche, vinieron cinco, y estuvieron aquí en casa hasta muy tarde. Me dijeron que todo Rocha está pendiente de mis palabras.

La emisora local no nos ha dado permiso para hablar, pero el pastor se ha puesto firme para exigir programas, alegando que, lo mismo que la Iglesia Católica tiene emisión, le cabe a él el mismo derecho legal para tenerla. Entonces, el direc-

tor cambió, y es casi seguro que para el martes se inicien los programas. Ahora, estamos pidiendo permiso para hablar el viernes en el templo con los alto-parlantes puestos fuera en la calle. Yo no sé lo que pensarás de mí, pero yo tengo gran confianza en el Señor. No sé cuánto tiempo estaré aquí, pues Dios es quien guía; no puedes hacerte idea de la fe que se tiene en Dios y en la guía del Espíritu Santo entre estos cristianos.

Este mediodía, en la emisión católica, han leído por la radio un comunicado del Obispo, declarando que el presbítero José Manuel de León había dejado la Iglesia Católica. Por esta razón, hoy mismo he dejado de vestir la sotana y aparecí de paisano. Puedes suponer la expectación que ha habido, y que hay, cuando salgo a la calle y me ven con el traje seglar. Está revolucionado todo Rocha. Ríete tú de la revolución del 36. Hay comentarios para todos los gustos, y el pueblo está en expectación, esperando que hable. Hoy, el cura dedicó el espacio radial a hablar sobre la infalibilidad pontificia. No pases pena por mí, confío en el Señor; no en que el pueblo se va a poner a mi favor, pero sí en que habrá un avivamiento espiritual dentro de la Iglesia Católica, por lo menos para que lean la Palabra de Dios, y ella obrará.

Puedes suponer que si no fuera por Cristo, no habría hecho esto, pues es una situación muy dura y un paso muy grande. El Domingo quizá hable en la plaza pública.»

CAPÍTULO XII

ILUMINANDO A OTROS

José Manuel se siente cada día más alegre en su nueva vida, más unido a Cristo, no piensa más que en Dios y en el mejor modo de servirle. El periódico local «ESTE» comienza a publicar, el 8 de Mayo, una serie de artículos escritos por él, titulados: «La Biblia Protestante y la Católica».

Rocha, 3 de Mayo de 1959.

«...Hoy recibo la tuya del 30, la cual contesto, según costumbre, a vuelta de correo. No sabes cuánto me alegran tus cartas. Se ha operado un cambio tan grande en mi vida, que sólo pienso en Dios y no hago más que cantar. Me da una gran lástima de la gente, al verla tan empaquetada y, sobre todo, tan llena de prejuicios, pues los fanáticos ni me saludan. Se ve que les han prohibido hacerlo. Es cosa que me tiene sin cuidado.

Te equivocas al pensar que puedo tomar a mal lo que me decías en tu carta, que puedo reirme de ti. Nada de esto. Aquello pasó y se quedó con el hombre viejo. Ya te dije en otra ocasión que si me vieras, no me conocerías; te aseguro que ello

es verdad, no solamente en el aspecto físico, sino en el aspecto moral y espiritual.

Son las diez de la noche, y continúo trabajando aun después del culto. He hablado durante una hora y te mando una copia del artículo que he escrito para uno de los diarios de aquí. Seguramente, lo publicarán mañana. Puedes suponer el revuelo que se va a armar. En la actualidad, no se habla de otra cosa en Rocha que de la Biblia y del padre León. ¡Quiera Dios que pronto no se hable más que de la Biblia y del mismo Cristo!

Aún no nos han dado permiso para hablar por radio, pero con las dos conferencias que llevo dadas en el templo evangélico, creo que tienen bastante. Hace falta pecho para hacer lo que he hecho. Yo estoy asustado; a veces, sin quererlo, me asalta un pensamiento de duda. Ello es inevitable mientras estamos en el mundo. Pienso que si esto no es de Dios, grande tiene que ser el castigo que me espera; pero en seguida reacciono, dándome cuenta de que sí que lo es.

Al padre R., nuestro pariente, nada le he escrito. Sé que no le daría mi carta el superior; pero le mandaré un periódico con el articulito que publico, y más adelante procuraré poner en sus manos el libro de mi testimonio, que estoy escribiendo. Me imagino cómo le va a sentar. Es ya viejo para cambiar y hace falta mucha gracia y ayuda de Dios para dar tan grande paso.

Verdaderamente, los caminos del Señor son distintos de los de los hombres. Tú no sabes lo que es tener la salvación, deseo que la encuentres, ten en cuenta que si lo dejé todo, es por predicar el Evangelio...»

José Manuel continúa predicando el Evangelio y pone al hacerlo toda su alma. La gente oye y le escucha: unos, por curiosidad; otros, por ver si dice algo contra la Iglesia Católica, y otros, los evangélicos, con gozo, viendo confirmada su fe. La Palabra de Dios da fruto en algunos. Con esto, olvida los desprecios que antiguas amistades le hacen.

Rocha, 4 de Junio de 1959.

«...Hoy, lunes día 4, hago un alto para escribirte y darte noticias de la revolución que aquí se ha armado. El viernes hablé con alto parlantes, desde el Templo evangélico. Vino muchísima gente. El público esperaba que yo atacara la Iglesia Católica, pero Dios me inspiró que predicara solamente su Palabra y ella obró en algunos. Al día siguiente, el cura decía por la radio que los que tuvieran Biblias protestantes prestadas, las devolvieran, y que, en breve, la Parroquia regalaría seis a la Biblioteca del Liceo. Ayer, domingo, mandamos un coche con un autoparlante por las calles, anunciando un culto en la plaza pública, a las 19,30, sobre el tema: «Doctrinas evangélicas y errores católicos romanos». Al mediodía, el cura, por radio, prohibió a los católicos asistir a dicha reunión pública, y a la misma hora organizó un culto dentro de la Iglesia Católica. Sin embargo, hubo muchísima gente escuchando en la plaza. Yo sólo me limité a exponer algunos botones de muestra, por los cuales demostraba mi disconformidad con las doctrinas y prácticas romanas, lo que me obligaba a dejar de ser lo que había sido. Hubo quien cam-

bió de opinión respecto de mí, otros se aferraron más en sus prejuicios, habiendo gente que ni me saludaba. Como puedes suponer, hay de todo. Las muchachas de Acción Católica aún me hablan y me saludan; alguna parece estar dudosa sobre si cambiar, y ha venido a los cultos. De todas maneras, ya les dije que no trataba de convencer a nadie, sino que trataba de dar las razones por las cuales dejé el sacerdocio católico.

Hoy, en el espacio radial pro-templo, nada han hablado en contra del Protestantismo; pero la clerecía está revuelta. Creo que se van a despertar, para predicar más al pueblo; pero nosotros no nos quedamos atrás, ya que en breve comenzamos por todos los barrios una campaña de predicación con el autoparlante que tenemos.

Regalamos unas cuantas Biblias ayer. Yo les dije: ¡Les sorprenderá que los protestantes regalemos Biblias, pero nadie debe de extrañarlo. Si reflexionan un poquito y ven nuestros templos, observarán que son sencillos y pobres, es que nosotros no gastamos nuestro dinero en lujos, sino que lo empleamos para propagar la Palabra de Dios, que es la única que obra en las almas. La gente dio su aprobación.

Muchos sospechaban que yo atacaría personalmente a los católicos; no descendí a esto; solamente di botones de muestra de las incongruencias y absurdos de admitir ciertos dogmas romanos. V. gr.: *La transubstanciación.* Les dije...: «El pan deja de serlo para convertirse en el cuerpo de Cristo, según el dogma católico. Esto se consigue mediante las palabras del sacerdote. Ahora bien: Si el cuerpo de Cristo pasa 20 días en hostia, se co-

rrompe y hay que quemarlo. Si el cuerpo está allí, se quema a Jesucristo. ¡¡¡ Qué horror!!!, y si no lo está, es que ha tenido lugar otra transubstanciación, sin que nadie la verifique, simplemente por la acción del tiempo. Luego el tiempo tiene el mismo poder que el sacerdote.

Nos damos cuenta de que la hostia se ha corrompido, y deducimos de ello que el cuerpo de Jesucristo no está allí, porque así lo vemos a simple vista y por el gusto. Ahora bien, también es la vista y el gusto el que nos declaraba antes que el cuerpo de Jesucristo no está bajo los accidentes del pan, puesto que éste no había cambiado, ni de aspecto ni de sabor, después de la consagración. Sin embargo, no dimos crédito a nuestros sentidos antes, declarando que ello no es pan, sino el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo; pero si damos crédito a nuestros sentidos, pasados veinte días, debemos declarar que el cuerpo de Cristo ya no está allí.

Si una rata entrara en el Sagrario, tendríamos que el cuerpo de Cristo iba a la tripa de un ser inmundo, ¡horror!, a no ser que Cristo se retirara, transustanciándose de nuevo la sagrada forma ante el aliento de una rata.

Argumentos de éstos fue lo que expuse; a esta gente no les cabía otros, ya que son gente muy sencilla. Puedes pensar los comentarios, favorables, en general, de los que me oyeron y me dieron la razón por lo que dije. Había en mi interior algo que ardía. Hablé 55 minutos, y la mano aún me duele de un golpe que di sobre la tribuna...»

Algunos días después me escribe sobre sus actividades evangelísticas y con pena al ver que los

que antes le apreciaban tanto, le niegan hasta el saludo.

Rocha, 9 de Jnio de 1959.

«...Hago un alto a mis actividades para enviarte un cariñoso saludos. Mañana tengo nuevo culto en la plaza pública. Hay que mantener la expectación mientras no nos concedan el espacio radial por la emisora. Tú no sabes la actividad que está desarrollando la parroquia. El cura se ha trasladado a Montevideo para comprar Biblias, que cuestan 28 pesos; nosotros las damos gratis, y cuanto se venden, las cobramos solamente a cuatro pesos. Ya hemos conseguido, por lo menos, que los católicos tengan la Biblia. Si la leen, dejarán de serlo, a no ser que sean fanáticos. Así, cuando yo dé el testimonio por radio, podrán comprobar los textos.

Mi paz es grande, pero me da mucha lástima ver que los que antes me saludaban, ahora ya ni siquiera me miran. Hace falta mucha ayuda de Dios para permanecer aquí en este ambiente; no obstante, aquí me tienes, contra viento y marea. Mi espíritu está en paz absoluta y cada día más contento de haber dado este paso...»

CAPÍTULO XIII

VICTORIA

José Manuel continúa recibiendo desprecios. El párroco prohibe a los fieles la lectura del periódico «ESTE», donde se publican sus artículos. Envía a sus hermanos el testimonio de su conversión. Le apena pensar en su madre, por si alguien, al contarle su cambio, no le dice la verdad.

Rocha, 28 de Junio de 1959.

«...De casa nada me han contestado, les envié el testimonio con las razones por qué dejaba la Iglesia Católica y nada han respondido. Me imagino que me darán ya por un hijo y hermano perdido para siempre.

Aquí van circulando toda clase de rumores, desde el de que estoy atacado de locura, hasta el de haberme vendido por dinero.

Ayer me envió la señora Pepita, Presidenta de A. C., 130 pesos que me debían de Acción Católica. Yo no se lo había pedido, ni mucho menos; pero me los han enviado, y me vinieron muy bien, pues sólo tenía 25, y hubiera tenido que pedir un adelanto al señor Larson. Así, que nada tengo que pedir. Ya sabes lo poco que me gusta el pedir prestado.

A la misma señora la vi ayer por la calle y se hizo la desentendida, pero no pudo resistir la curiosidad y miró, momento que aproveché para saludarla, y me contestó. Las demás, en su mayoría, no me saludan. Ahora les han prohibido leer «*ESTE*», periódico en el cual publico mis artículos.

Yo estoy bien, y cada día más convencido de que me sería imposible volver atrás; tal es el cúmulo de absurdos que encuentro en la doctrina Católica Romana, que me parece imposible cómo he podido admitirlos todos tanto tiempo. Sólo, a veces, la parte sentimental me ataca, al pensar en la familia, y ver el vacío que me hacen las personas antes más amigas; pero luego pienso que estos motivos no son suficientes, y Dios me pediría cuentas si me dejara llevar por ellos, y lo considero como tentación.

No pases pena, que a nadie visito, ni puede ocurrirme nada. Si salgo de casa, es con el hermano Larson. Apenas si tengo tiempo para ello, pues paso el día escribiendo o leyendo. Me acuesto sobre las once y me levanto a las ocho. En esto gané. Comemos a las doce y cenamos a las seis de la tarde, según el sistema americano. Después, vamos al culto, que es a las 7,30, hasta las nueve, donde hablo tres días a la semana.

El testimonio de mi conversión se lo voy a mandar a mi madre, para que se entere de las razones por las cuales he dejado la Iglesia Católica. No quiero que luego le den otros las razones, y la pobre se torture.

El sábado me bauticé en las aguas. Había unas 300 personas presenciándolo, que habían venido en unos 40 coches. Como puedes suponer,

hace falta estar muy convencido para dar un paso así. Además, en un sitio como éste. Los católicos puedes suponer cómo estarán...»

José Manuel continúa su ministerio evangélico, gozando de una paz tan grande, que no cambiaría por nada del mundo; no le importan sufrimientos, ni desprecios, lo sufre por Cristo, quien tanto sufrió por todos.

Un caballero, amigo de la familia, le escribe exhortándole a volver a la Iglesia Católica, lo que le produce más bien lástima.

Una señora de Acción Católica, que asiste a los cultos, se entrega a Cristo.

Rocha, 10 de Mayo de 1959.

«...No me extraña la carta del señor X, habla como hombre carnal, lleno de buena voluntad, pero ciego para las cosas del Espíritu. Beatriz se llevó un gran disgusto, pues tenía de mí un gran concepto, habiéndose formado idea de que yo la casara. Le ha pasado lo mismo que a otras señoras y muchachas de aquí, todas han sufrido una gran decepción. No cabe duda que, de haber seguido donde estaba, la consideración y estima de los hombres, habría sido grande y mi porvenir, estupendo. Ya nos lo dice Cristo, que los que son del mundo, son estimados por éste, pero los que desprecian al mundo para seguirle a él, sufrirán persecución.

No creas que esta situación no la veía. La veía y la presentía. Pero son tendencias carnales, e in-

tereses materiales, los que me ligaban a la Iglesia, y si debía seguir a Cristo, no debían ser éstos los que me lo impidieran. Es esta la tentación que a veces me invade: el pensar en la estima que podía gozar de los hombres dentro de la Iglesia Romana; pero, como comprenderás, por esos motivos no voy a volver, y por los de carácter intelectual, menos; ya que cada día estoy más convencido de sus errores. La paz espiritual que tengo en mi alma no se paga con nada. No tengo ni tentaciones; parece que hasta la lucha desapareció.

Como comprenderás, si antes era conocido, ahora lo soy muchísimo más, habiendo opiniones para todo. Hoy ha venido una muchacha de Acción Católica, que parece va a dejar la Iglesia. Es muy buena chica, pero, después de leer la Biblia, le ha pasado lo que a mí. En cuanto al señor D. y familia, nada digo, pero confío en que su opinión ha de cambiar, lo mismo que la de los demás, en cuanto lean el libro que tengo escrito. Naturalmente, en cuanto salga, la gente lo devora. Habrá aún muchos que por los prejuicios, o por el temor de condenarse, no dejen su religión, pero ya no me mirarán con tanto horror. Y si tú estás aquí, puede Dios emplearte para encaminar muchas almas hacia el Evangelio.

No dudemos que nosotros tenemos y vivimos en la verdad. No se trata de hacer nada para nosotros mismos, sino de buscar a Dios, dejando las obras de la carne. El que, cuando éramos pecadores, nos dio a su Hijo Unigénito, mucho más nos tiene que dar ahora los medios para alejar el pecado y ganar almas para El. Estos motivos son in-

comprensibles para los espíritus superficiales y por esto juzgan como lo hacen. Ya sabes lo que dice Voltaire: «Miente, que siempre queda algo.»

Yo no me explico y veo la mano palpable de Dios para algo en todo lo ocurrido. Acabo de leer el segundo artículo publicado en el periódico «*ESTE*»; si éste no revoluciona a todo aquel que lo lee, creo que ya no hay nada que los mueva. Son las siete de la tarde, tengo que cenar para ir al culto esta noche...»

Le llama a su casa una señora católica, la cual le ofrece pagarle el viaje donde quiera marchar, con tal que se ausente de Rocha, donde le dice que perjudica y hace mucho mal a la Iglesia Católica.

Rocha, 20 de Mayo de 1959.

«...Han estado dos muchachas aquí hablando conmigo durante dos horas, dándome noticias de cómo marchan las cosas en Rocha, o sea, de los comentarios que se hacen. Parece que la gente va cambiando de manera de pensar.

Esta mañana me ha llamado a su casa una mujer fanática católica, para decirme que, lo que debía hacer era marcharme cuanto antes de Rocha, pues el mal que hago — dice ella — es muy grande. Me prometió pagarme el viaje si decidía irme. Yo le he dicho que, ni que me dieran todos los tesoros del Vaticano me movería de aquí.

Cada día que pasa se me hace más imposible el volver a Roma. Veo a esta Iglesia completamente apartada de la Palabra de Dios y cada vez más absurdos sus dogmas y prácticas. Mi ánimo no de-

cae, antes al contrario, me encuentro con brios para todo. Yo mismo me siento a veces asustado de que pueda hacer lo que estoy haciendo...»

Hasta aquí, los lectores han podido darse cuenta del gradual cambio rotundo que ha tenido lugar en el Rvdo. Padre José Manuel de León, por medio de su correspondencia íntima. Antes de terminar, deseo mostrarles cómo es apreciado por sus nuevos correligionarios cristianos evangélicos, por medio de la carta que recibí hace poco del misionero señor Larson.

Montevideo, 27 de Julio de 1959.

«Señora doña María Rosa Frías.

Querida hermana en Cristo: Saludos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Recibimos su carta hace unos cuantos días y le damos gracias por escribirnos con tanta solicitud acerca de su sobrino. Podemos asegurarle que si usted le viera ahora, no le conocería. El cambio en su vida ha sido muy grande y más grande todavía su esperanza en el Señor. Gracias a Dios por ello.

Podemos decirle que él ha llegado a ser como dice S. Pablo en 2.ª Corintios 15;17: «una nueva criatura en Cristo Jesús» y «las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas». Así que no debe tener ningún temor de que él sea tentado a volver a la Iglesia Romana. Dios le está ayudando a comprender las Sagradas Escrituras de un modo maravilloso. José se ha puesto a la disposición de Dios y creo que lo va a usar para su gloria. La co-

sa más importante es que tengamos la seguridad de que hemos pasado «de muerte a vida» en Cristo (San Juan 5;24 y 1.ª Juan 3;4), y puedo asegurarle que esta seguridad, José la tiene. Cuando llegó el momento de entregar su vida a Cristo, él lo hizo con todo su corazón, y Dios cambió su vida.

Por lo tanto, yo creo que Vd. debe dejar de preocuparse sobre la condición de José. No piense que el está en algún gran peligro. Los católicos se dan cuenta ahora de porqué cambió, y más y más le dan la razón por haberlo hecho. Muchos de los que antes no le hablaban, ahora se paran para hablarle. Ayudará mucho cuando termine su libro y la gente lo puedan leer. En total, hermana, yo creo que lo mejor es que Vd. ore mucho a Dios en su favor, para que Dios le ayude y le inspire a escribirlo y que sea usado para la salvación de muchas almas.

Según su carta, Vd. vendrá pronto al Uruguay, será para nosotros un placer grande conocerla. José siempre está hablando acerca de su buena tía, y aun ya parece que la conocemos algo. Que Dios la bendiga ricamente y la ayude en sus planes. Sinceramente,

Los hermanos Larson.»

EPILOGO

No puedo terminar sin dar las gracias a los lectores que con tanta paciencia han venido siguiendo esta correspondencia, y desear para cada uno la paz y la alegría que en la actualidad disfruta mi sobrino.

Han pasado algunos meses desde que tuvo lugar la correspondencia que se transcribe en este libro. El ya no reside en el pueblo de Rocha, donde fue antes sacerdote católico romano. Dios le ha dado un más amplio ministerio. Después de iluminar a muchas personas en aquella población, está ahora dando conferencias por todo el país. Ha dado ocho conferencias por la radio que han conmovido el pueblo: no solamente en Rocha, sino en toda la nación. Y ello le ha obligado a emprender un ministerio itinerante, acudiendo a muchos pueblos y ciudades desde donde le llaman para que predique la Palabra de Dios.

En una carta que recibí de él, en Barcelona, poco antes de partir para el Uruguay, me decía:

«Voy de un lado a otro dando conferencias, que el Señor va bendiciendo, las cuales dan fruto; pues en esta semana han sido 69 las personas que han aceptado al Señor, arrepintiéndose de sus pecados.»

Esto puede dar una idea de la importancia del ministerio que Dios le ha confiado.

Mi mayor deseo es que Dios se digne bendecir, del mismo modo, esta sencilla e íntima correspondencia, la cual, cuando fue escrita, nadie pensaba que tuviera que ver la luz pública. Pero al igual que mi propio sobrino, pienso que es mi deber no escatimar nada para que Dios sea glorificado, y otras almas que no tienen la seguridad de la salvación puedan abrir los ojos a luz del Evangelio y comprender que deben dejar, como él, los procedimientos rutinarios y confiar en la plena salvación que hay en Cristo Jesús.

Para ello, pláceme invitar a los lectores que han sido interesados por esta correspondencia a procurarse el libro escrito por el propio ex-padre José Manuel de León, mucho más voluminoso que éste, titulado "PORQUE FUI SACERDOTE CATOLICO Y DEJE DE SERLO", en el cual encontrarán expuestas las razones bíblicas y de carácter histórico que le persuadieron a aceptar el Cristianismo Evangélico.

Que Dios bendiga ricamente a cada uno de mis amables lectores, y no se olviden de orar por esta humilde escritora que nunca pensó serlo.